

EL DRAGON

C.3

Evgueni Schwartz
Traducción: S. Marchán Fiz

PERSONAJES

DRAGON	PRIMERA AMIGA DE ELSA
LANZAROTE	SEGUNDA AMIGA DE ELSA
CARLOMAGNO? ARCHIVERO MUNICIPAL	TERCERA AMIGA DE ELSA
ELSA, ? SU HIJA	UN VENDEDOR AMBULANTE
ALCALDE	CENTINELA
ENRIQUE, SU HIJO	JARDINERO
GATO	PRIMER CIUDADANO
BURRO	SEGUNDO CIUDADANO
PRIMER TEJEDOR	PRIMERA CIUDADANA
SEGUNDO TEJEDOR	SEGUNDA CIUDADANA
HERRERO	NIÑO
SOMBRERERO	JEFE DE CARCELEROS
CONSTRUCTOR DE INSTRUMENTOS MUSICALES	TRES LACAYOS

ACTO PRIMERO

(Una cocina amplia y acogedora, muy limpia, con un gran hogar al fondo. Ante el hogar, en un sillón, duerme el GATO.)

LANZAROTE:

(Entra, pasea la mirada por la habitación y llama). ¡Ah de la casa! ¿Hay alguien aquí? Nadie..., ni un alma. La casa vacía. las puertas abiertas, las ventanas de par en par. Menos mal que soy un hombre honrado que si no me pongo a fisgar, arrampo con el objeto de más valor y me echo a correr. Sólo tengo ganas de descansar.(Se sienta.) Esperaremos. Señor don gato, ¿tardarán mucho sus amos en regresar? ¿Por qué se calla?

GATO:

Callo.

LANZAROTE:

¿Se puede saber por qué?

GATO:

Cuando estás calentito y a gusto, los más prudente, amigo, es dormir y callar.

LANZAROTE:

Está bien; pero ¿dónde están tus dueños?

GATO:

Se han ido, y me alegro.

LANZAROTE:

No los quieres, ¿eh?

GATO:

Los quiero con cada pelo de mi piel, con las patas y los bigotes, pero les acecha una gran desgracia. Sólo descanso moralmente cuando se van de casa.

LANZAROTE:

Comprendo. Están amenazados. Pero ¿qué desgracia es esa? ¿Por qué te callas?

GATO:

Callo.

LANZAROTE:

¿Por qué?

GATO:

Cuando estás calentito y a gusto, lo más prudente es dormir y callar, y no tentar el desgraciado futuro. Miau.

LANZAROTE:

Me asustas, gato. No puedo creer que algo amenace a una casa tan acogedora, tan simpática y amplia, con un fuego tan agradable. ¿Qué pasa aquí gato? ¡Dímelo de una vez!

20/Nov/1958

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

1082210

mds 21

GATO: Caminante, déjame en paz.

LANZAROTE: Gato, tú no me conoces. Soy tan ligero que la vida me trae y me lleva por el mundo como una pluma. Me meto con facilidad en asuntos ajenos. Por eso sufrí diecinueve heridas leves, cinco heridas graves y tres heridas mortales. Sigo con vida porque, además de ligero como una pluma, soy testarudo como un borrico. Cuéntame lo que ocurre, gato. Quizás yo pueda salvar a tus dueños. Alguna vez hice cosas así. Anda, dime, ¿cómo te llamas?

GATO: Minina.

LANZAROTE: Vaya, creí que eras gato.

GATO: Claro que soy gato; pero, a veces, la gente es tan poco observadora... Mis amos siguen asombrados de que no haya parido ni una sola vez. ¿Cómo te las arreglas, Minina?, me preguntan. Pobrecitos, son buennísimas personas. Y, ahora ya no digo ni una palabra más.

LANZAROTE: Dime, al menos, quiénes son tus amos.

GATO: El señor Carlomagno, archivero del Estado, y Elsa, su hija única, de manos suaves, y cariñosa, simpática y apacible.

LANZAROTE: ¿Cuál de los dos está amenazado?

GATO: ¡Ay!, ella; y, por lo tanto, todos nosotros.

LANZAROTE: Pero dime: ¿qué le amenaza?

GATO: Hace cuatrocientos años que nuestra ciudad está dominada por un dragón.

LANZAROTE: ¿Un dragón? ¡Me parece estupendo!

GATO: Impuso un tributo a nuestra ciudad... Todos los años el dragón elige a una muchacha. Y nosotros se la entregamos sin decir ni miau. El dragón se las lleva a su cueva y ya no las volvemos a ver. Dicen que se mueren allí de puro asco. Frr... Fuera, fuera, Frrr...

LANZAROTE: ¿A quién espantas?

GATO: Al dragón. Ha elegido a nuestra Elsa. Maldito lagarto. Frr...

LANZAROTE: ¿Cuántas cabezas tiene?

GATO: Tres.

LANZAROTE: No está mal, ¿Patas?

GATO: Cuatro.

LANZAROTE: Eso está mejor. ¿Con garras?

GATO: Con cinco garras en cada pata. Cada garra es como el asta de un ciervo.

LANZAROTE: ¿De verdad? ¿Y están afiladas?

GATO:+ Como cuchillas.

LANZAROTE: Bien. ¿Y echa fuego?

GATO: Sí.

LANZAROTE: ¿Pero de verdad?

GATO: Tan de verdad que socarra bosques enteros.

LANZAROTE: Entiendo. ¿Tiene escamas?

GATO: Sí.

LANZAROTE: Supongo que serán duras. ¿No es así?

GATO: Bastante.

LANZAROTE: ¿Cómo cuánto?

GATO: Ni el diamante las corta.

LANZAROTE: ¿Altura?

GATO: Como una iglesia.

LANZAROTE: Bueno, ahora ya me lo imagino. Gracias, gato.

GATO: ¿Quieres luchar con él?

LANZAROTE: Ya veremos.

GATO: ¡Rételo, se lo suplico! Le matará, por supuesto; pero entre pitos y flautas, podré soñar, estirado junto al fuego, que usted, por casualidad o por milagro, así o asá, con esto o con lo otro, quién sabe de qué manera, a la mejor lo mata.

LANZAROTE: Gracias, gato.

GATO: Levántese.

LANZAROTE: ¿Qué ocurre?

GATO: Ahí vienen.

LANZAROTE: ¡Ay! ¡Ojalá me guste la muchacha! Eso ayuda mucho... (Se asoma a la ventana)
¡Me gustó! Gato, es una chica muy guapa. Pero ¿por qué sonrío?; está muy tranquila. Y el padre también sonrío. ¿Me has tomado el pelo, gato?

GATO: No; lo más triste de todo es que sonrío... Silencio. Hola, a cenar, queridos amos.

(Entran Elsa y Carlomagno.)

LANZAROTE: Buenas tardes, mi buen señor y mi hermosa señorita.

CARLOMAGNO: Buenas tardes, joven.

LANZAROTE: Su casa tiene un aspecto tan agradable, la puerta estaba abierta, y en el hogar ardía la lumbre..., de modo que entré sin permiso. Perdóneme.

CARLOMAGNO: Está usted perdonado. Nuestra puerta está abierta a todo el mundo.

ELSA: Siéntese, por favor. Déme su sombrero, lo colgaré detrás de la puerta... Ahora mismo pongo la mesa. ¿Qué le pasa?

LANZAROTE: Nada.

ELSA: Me pareció que... como si se asustara de mí.

LANZAROTE: No, no... No es nada.

CARLOMAGNO: Siéntese, amigo mío. Me gustan los forasteros. Quizás porque en toda mi vida no he salido de la ciudad. ¿De dónde viene?

LANZAROTE: Del sur.

CARLOMAGNO: ¿Tuvo muchos percances en el camino?

LANZAROTE: Más de los que hubiera deseado.

ELSA: Estará cansado. Siéntese. No esté de pie.

LANZAROTE: Gracias.

CARLOMAGNO: Aquí podrá descansar. Esta ciudad es muy tranquila. Aquí nunca pasa nada.

LANZAROTE: ¿Nada?

CARLOMAGNO: Jamás. Bueno, la semana pasada sopló un viento muy fuerte que casi se lleva un tejado. Pero este suceso tampoco tiene nada de extraordinario.

ELSA: La cena está lista. Vamos a comer... Pero ¿qué le pasa?

LANZAROTE: Perdón, pero... ustedes dicen que la ciudad es muy tranquila.

ELSA: Claro que sí.

LANZAROTE: ¿Y... el dragón?

CARLOMAGNO: ¡Ah!, ése... ¡Ya estamos acostumbrados a él! Lleva cuatrocientos años viviendo aquí.

LANZAROTE: Pero... me han dicho que su hija...

ELSA: Perdón, señor...

LANZAROTE: Lanzarote, para servirla.

ELSA: Perdóneme, señor Lanzarote. No lo tome a mal, pero le ruego que no hable más de este asunto.

LANZAROTE: ¿Por qué?

ELSA: Porque no tiene remedio.

LANZAROTE: ¿Usted cree?

CARLOMAGNO: Sí, no hay nada que hacer. Hemos estado paseando por el bosque, concretándolo todo. Mañana, cuando el dragón se la lleve, yo también moriré.

ELSA: Basta ya, papá.

CARLOMAGNO: Y eso es todo, todo...

LANZAROTE: Perdonen una última pregunta. ¿Nadie ha intentado hacerle frente?

CARLOMAGNO: Nadie, en estos últimos doscientos años. Antes, muchos le plantaron cara, pero les mató a todos. Es un estratega asombroso y un gran táctico. Ataca por sorpresa, apedrea a su enemigo desde lo alto, y después se lanza en picado sobre la cabeza del caballo, saltándole un chorro de fuego que demoraliza totalmente al pobre animal. Por último, destroza al jinete a zarpazos. Ahora, ya nadie se atreve a atacarle.

- LANZAROTE: ¿Y no lo ha intentado nunca toda la ciudad unida?
- CARLOMAGNO: Sí, ya lo hizo.
- LANZAROTE: ¿Y qué?
- CARLOMAGNO: Incendió los arrabales y con sus gases venenosos enloqueció a media ciudad. Es un gran guerrero.
- ELSA: ¿Quiere más mantequilla?
- LANZAROTE: Sí, debo recuperar fuerzas. Así, pues, y perdóneme la insistencia, nadie quiere luchar contra el dragón. ¡Estará insoponible!
- CARLOMAGNO: No, no, de ninguna manera. Es amabilísimo.
- LANZAROTE: ¿Amabilísimo?
- CARLOMAGNO: Como lo oye. Cuando nuestra ciudad estuvo amenazada por un brote de cólera, a petición del médico municipal, sopló sobre el lago y lo hizo hervir. Toda la ciudad pudo beber agua hervida y se salvó de la epidemia.
- LANZAROTE: ¿Fue hace mucho tiempo?
- CARLOMAGNO: No, hace sólo ochenta y dos años. Pero las buenas obras no se olvidan.
- LANZAROTE: ¿Y qué otras cosas buenas ha hecho?
- CARLOMAGNO: Nos quitó de encima a los gitanos.
- LANZAROTE: ¡Pero los gitanos son una gente encantadora!
- CARLOMAGNO: ¡Son horribles! Yo jamás he visto a un gitano, ciertamente, pero en la escuela nos enseñaban que los gitanos son unos indeseables.
- LANZAROTE: Pero ¿por qué?
- CARLOMAGNO: Son vagabundos por naturaleza. Enemigos de todo sistema estatal. De lo contrario, se asentarían en alguna parte y dejarían de andar de aquí para allá. Sus canciones no son viriles, y sus ideas son destructivas. Roban a los niños. Se meten en todas partes. Ahora nos los hemos quitado de encima, pero hace sólo cien años todos los morenos debían demostrar que no tenían sangre gitana.
- LANZAROTE: ¿Y quién les enseñó esas mentiras?
- CARLOMAGNO: Nuestro jefe, el dragón. Cuentan que en los primeros años de su gobierno los gitanos se alzaron descaradamente contra él.
- LANZAROTE: Es un pueblo excelente e inquieto.
- CARLOMAGNO: No hable así, se lo ruego.
- LANZAROTE: ¿Qué come vuestro dragón?
- CARLOMAGNO: La ciudad le da cada mes mil vacas, dos mil ovejas, cinco mil gallinas y dos arrobas de sal. En verano y otoño se añaden a esto diez huertas de lechuga, de coliflor y de espárragos.
- LANZAROTE: ¡No debe quedar mucho para el pueblo!

- CARLOMAGNO: No podemos quejarnos. Además, mientras esté aquí ningún otro dragón se atreverá a atacarnos.
- LANZAROTE: Tengo entendido que los demás dragones murieron hace tiempo.
- CARLOMAGNO: ¿Y si queda alguno? Le aseguro que la única forma de quitarse los dragones de encima es tener un dragón propio. Hablemos de otra cosa, se lo ruego. Cuéntenos algo interesante.
- LANZAROTE: Está bien. ¿Han oído hablar del libro de quejas?
- ELSA: No.
- LANZAROTE: Escuchen entonces: a cinco años a pie de aquí, en las Montañas Negras, hay una cueva enorme. En la cueva hay un libro escrito hasta la mitad. Nadie lo toca, pero las páginas se llenan todos los días. ¿Quién lo escribe? El mundo. Las montañas, las piedras, los ríos, ven lo que hacen los hombres. Se enteran de todas las maldades de los criminales, de todas las desdichas de los que sufren sin culpa, de los atropellos de los criminales, de las injusticias de los poderosos, de los agravios que padecen los débiles. De rama en rama, de gota en gota, de nube en nube, llegan hasta la cueva de las Montañas Negras las quejas humanas. Y el libro aumenta. Si el libro no existiera, los árboles se secarían de angustia y el agua se volvería amarga. ¿Para quién creen que se escribe ese libro? Para mí.
- ELSA: ¿Para usted?
- LANZAROTE: Para nosotros. Para mí y unos pocos más. Para los hombres despiertos y decididos. Supimos que ese libro existía y logramos llegar hasta él. El que lo haya leído una sola vez, ya no podrá vivir tranquilo. ¡Qué libro más triste! Esas quejas requieren una respuesta, y respondemos.
- ELSA: ¿De qué modo?
- LANZAROTE: Nos metemos en los asuntos ajenos. Ayudamos al que necesita ayuda. Destruimos al que debe ser destruido. ¿Quieren que le ayude?
- ELSA: ¿Cómo?
- CARLOMAGNO: ¿Cómo podría usted ayudarnos?
- GATO: Miau.
- LANZAROTE: Aunque ustedes no me lo pidan retaré al dragón. He sufrido tres heridas mortales, precisamente de aquellos a los que salvaba a la fuerza. ¿Me oye, Elsa?
- ELSA: No, no. Le matará, y eso amargaría las últimas horas de mi vida.
- GATO: Miau.
- LANZAROTE: ¡Retaré al dragón!

(Se oyen silbidos, ruidos, aullidos, rugidos que van en aumento. Retiemblan los cristales; tras las ventanas se ve un resplandor.)

CARLOMAGNO: ¡Adelante!

(Entra un lacayo ricamente vestido)

LACAYO: ¡El señor dragón!

CARLOMAGNO: Sea bienvenido.

(El lacayo abre la puerta de par en par, Una pausa. Entra lentamente un hombre de edad madura, pero fuerte; bien conservado, pelo rubio, porte marcial. Lleva el pelo cortado al cepillo y muestra una amplia sonrisa. Es grosero en el trato, pero tiene algo que le hace agradable. Es duro de oído.)

DRAGON: ¿Qué tal, hijos míos? Hola, Elsa querida. Veo que tenéis visita. ¿Quién es?

CARLOMAGNO: Un forastero.

DRAGON: ¿Cómo? Respóndeme con voz recia y clara, como un soldado.

CARLOMAGNO: Es un caminante.

DRAGON: ¿Gitano?

CARLOMAGNO: No, ¡qué va! Es un hombre encantador.

DRAGON: ¿Cómo?

CARLOMAGNO: Un hombre encantador.

DRAGON: Está bien. ¿Por qué no me miras, caminante? ¿Por qué sólo miras a la puerta?

LANZAROTE: Espero a que entre el dragón.

DRAGON: ¡Ja, ja, ja! El Dragón soy yo.

LANZAROTE: ¿Usted? Me habían dicho que tenía tres cabezas y enormes garras, y una altura decomunal.

DRAGON: Hoy voy de paisano, sin etiqueta.

CARLOMAGNO: Hace mucho que el señor Dragón vive entre los hombres, y a veces se disfraza de persona y nos hace alguna visita, como los buenos amigos.

DRAGON: Es cierto. Somos auténticos amigos, querido Carlomagno. Para cada uno de vosotros soy más que un simple amigo. Soy el amigo de vuestra infancia. Más aún: soy el amigo de la infacia de vuestros padres, de vuestros abuelos y bisabuelos. Recuerdo a tu tata-abuelo con pantalón corto. (Se le humedecen los ojos.) Un lágrima furtiva. ¡Maldita sea! (Se ríe.) Al forastero se le van a salir los ojos de la cara. ¿A que no esperaba de mí estos sentimientos? Responde, hijo de perra. Bueno, no tiene importancia. (Ríe.) ¡Elsa!

ELSA: Diga, señor Dragón.

DRAGON: Dame tu manita. (Elsa le da la mano al Dragón Revoltosa. Picaruela. ¡Qué mano más cálida! ¡Levanta la cara! Sonríe. ¡Así! ¿Qué te pasa, forastero?)

LANZAROTE: Observo.

DRAGON: Muy bien. Una respuesta concisa. Observa. Aquí no andamos con finuras, caminante. Aquí todo se resuelve como en el ejército: un-dos-tres-ar... ¡Come!

LANZAROTE: Gracias, ya he comido.

DRAGON: Da lo mismo. Come. ¿A qué has venido?

LANZAROTE: Asunto profesionales.

DRAGON: ¿Cómo?

LANZAROTE: Asuntos profesionales.

DRAGON: ¿Qué asuntos? Vamos, responde. Quizá pueda ayudarte. ¿A qué has venido?

LANZAROTE: A matarte.

DRAGON: ¡Más alto!

ELSA: ¡No, no! Es una broma. Si quiere, le doy la otra mano, señor Dragón.

LANZAROTE: Te reto. ¿Me oyes, Dragón? (El Dragón calla y se pone rojo.) Te reto por tercera vez. ¿Está claro?

(Se oye por tres veces un rugido ensordecedor. Pese a su fuerza, que conmueve las paredes, el rugido tiene cierta musicalidad. No tiene nada de humano. Es el rugido del Dragón, que patalea y gesticula con los puños crispados.)

DRAGON: (Cortando de repente su rugido; tranquilo.)
¡Imbécil! ¿Por qué te callas? Tienes miedo, ¿verdad?

LANZAROTE: No

DRAGON: ¿No?

LANZAROTE: No

DRAGON: Ahora verás.

(Hace un ligero movimiento de hombros y se transforma totalmente. Aparece una nueva cabeza entre sus hombros. La anterior desaparece por completo. Lanzarote ve ante sí a un hombre rubio, de sienes plateadas, serio y juicioso, de frente alta.)

GATO: No te asombres, querido Lanzaote. Tiene tres cholas de quita y pon.

(La voz del Dragón ha cambiado igualmente. Ahora es ronca y seca.)

DRAGON: ¿Se llama usted Lanzarote?

LANZAROTE: Sí.

DRAGON: ¿Desciende usted del famoso caballero andante Lanzarote?

LANZAROTE: Somos parientes lejanos.

DRAGON: Acepto su desafío. Los caballeros andantes son como los gitanos. Deben ser aniquilados.

LANZAROTE: Yo no me dejaré aniquilar.

DRAGON: He destrozado hasta hoy a ochocientos nueve caballeros, novecientas cinco personas de condición desconocida, un viejo borracho, dos locos, dos mujeres -madre y tía, respectivamente, de dos muchachas a las que había elegido- y un niño de doce años, hermano de otra. Además, he diezmado a seis ejércitos y a cinco levantamientos populares. Siéntese, haga el favor.

LANZAROTE: (Sentándose.) Gracias.

DRAGON: ¿Fuma? Fume, no se prive...

LANZAROTE: Gracias.

(Lanzarote saca una pipa y la llena de tabaco lentamente.)

DRAGON: ¿Sabe usted qué día nació?

LANZAROTE: Fue un mal día.

DRAGON: Aquel día se produjo una batalla terrible; Atila fue derrotado. ¿Se imagina cuántos hombres tuvieron que morir para que yo naciera. La tierra estaba empapada de sangre. A medianoche las hojas de los árboles se secaron. Al amanecer, brotaron bajo los árboles unos hongos enormes que se llaman setas de la muerte. Y tras ellos surgí yo, del fondo de la tierra. Yo, el hijo de la guerra. Yo soy la guerra. Por mis venas corre sangre de los humos muertos, una sangre fría. Por eso en el combate soy frío, tranquilo y certero.

(Al pronunciar la palabra "certero", el Dragón hace un ligero movimiento con la mano. Se oye un chasquido seco, y de su índice surge una llamarada, que enciende la pipa que Lanzarote había llenado.)

LANZAROTE: Muy agradecido.

(Lanzarote chupa con fruición de la pipa.)

DRAGON: Si está usted en contra de mí es que está en contra de la guerra.

LANZAROTE: ¿Cómo puede decir eso! Me he pasado la vida luchando.

DRAGON: Usted es aquí un forastero, mientras que nosotros nos entendemos desde hace siglos. La ciudad entera le mirará con miedo y se alegrará de su muerte. Usted caerá sin pena ni gloria. ¿Comprende?

LANZAROTE: No.

DRAGON: Veo que sigue decidido a batirse.

LANZAROTE: Más que nunca.

DRAGON: Es usted un digno adversario.

LANZAROTE: Gracias.

DRAGON: Voy a luchar muy en serio con usted.

LANZAROTE: Fantástico.

DRAGON: Eso significa que le voy a matar ahora mismo.

LANZAROTE: Estoy desarmado.

DRAGON: (Ríe.) ¿Pide usted tiempo para armarse? No se lo concedo. Ya le he dicho que voy a combatirle en serio. Le atacaré inesperadamente, ahora... Elsa, coge una escoba.

ELSA: ¿Para qué?

DRAGON: Para barrer sus cenizas: le voy a incinerar.

LANZAROTE: ¿Me tiene miedo?

DRAGON: No conozco el miedo?

LANZAROTE: Entonces, ¿por qué se da tanta prisa? Déme de plazo hasta mañana. Encontraré armas y nos enfrentaremos a campo descubierto.

DRAGON: ¿Por qué?

LANZAROTE: Para que el pueblo no crea que tiene usted miedo.

DRAGON: El pueblo no se enterará. Estos dos callarán la boca. Usted va a morir ahora, con valor, en silencio y sin gloria.

(El Dragón levanta la mano.)

CARLOMAGNO: ¡Alto!

DRAGON: ¿Qué pasa?

CARLOMAGNO: No puede matarle.

DRAGON: ¿Cómo?

CARLOMAGNO: No se enfade, se lo suplico; soy leal a su persona en cuerpo y alma, sin fisuras. Pero también soy archivero.

DRAGON: ¿Y eso qué importa?

CARLOMAGNO: Conservo un documento firmado por usted hace trecientos ochenta y dos años. Ese documento no ha sido anulado. No planteo objeciones, no me entienda mal; no hago más que recordárselo. El documento lleva al pie su firma: el Dragón.

DRAGON: ¿Y qué?

CARLOMAGNO: Al fin y al cabo se trata de mi hija y quiero que viva lo más posible. Me parece natural...

DRAGON: ¡Al grano!

CARLOMAGNO: Pase lo que pase, me opongo. Usted no puede matarlo. Todos los que le desafíen quedan protegidos por la ley hasta el día del combate. Está escrito y jurado. El retador fija también el día del combate, eso dice el documento. La ciudad entera ayudará al retador sin que por ello pueda ser castigado nadie. Eso también lo juró.

DRAGON: ¿Cuándo fue firmado ese documento?

CARLOMAGNO: Hace trecientos ochenta y dos años.

DRAGON: Entonces yo era un jovencuelo cándido, sentimental e inexperto.

CARLOMAGNO: Pero el documento no ha sido anulado.

DRAGON: ¿Qué más da?

CARLOMAGNO: Pero el documento...

DRAGON: ¡Basta de documentos! No somos niños.

CARLOMAGNO: Pero usted mismo lo firmó... Puedo ir a buscarlo.

DRAGON: No se mueva.

- CARLOMAGNO: Aquí hay un hombre que quiere salvar a mi hija. El amor a los hijos no tiene nada de malo, ¿verdad? Eso está permitido. Además, también se puede ser hospitalario. ¿Por qué me mira de un modo tan horrible?
- (Carlomagno se cubre la cara con las manos.)
- ELSA: ¡Papá, papá!
- CARLOMAGNO: Protesto.
- DRAGON: Está bien; liquidaré toda la madriguera ahora mismo.
- LANZAROTE: Y el mundo entero sabrá que es usted un cobarde.
- DRAGON: No quedará nadie para contarlo.
- (El Gato da un salto saliendo por la ventana. Desde lejos, refunfuña.)
- GATO: Se lo contaré a todos; a todos, viejo dinosaurio.
- (El Dragón vuelve a tener un acceso de cólera; su rugido es tan potente como anteriormente, pero esta vez se escuchan con claridad algunas crepitaciones, gemidos y una tos seca. El que ruge es un monstruo enorme, viejo y maligno.)
- DRAGON: (Cortando en seco su rugido.) Está bien, lucharemos mañana.
- (Sale rápidamente. Una vez fuera, vuelven a oírse los silbidos y los ruidos. Retiemblan las paredes, oscila la luz. Los silbidos, el fragor y el ruido se van desvaneciendo.)
- CARLOMAGNO: Ha salido volando... ¿Qué he hecho? Pero ¿qué he hecho? Soy un viejo egoísta. Pero no podía hacer otra cosa. Elsa, ¿estás enfadada conmigo?
- ELSA: (Negando con la cabeza.) No.
- CARLOMAGNO: Disculpadme, me siento muy débil. Voy a acostarme. No, no me acompañes. Quédate con nuestro huésped. Dale conversación. Ha sido muy amable con nosotros. Disculpadme, me voy...
- (Sale. Pausa.)
- ELSA: ¿Por qué se ha metido en este asunto? No es un reproche, pero antes todo estaba claro. No tengo miedo a morir joven; impide hacerte viejo.
- LANZAROTE: Pero, ¿qué está diciendo? Hasta un árbol se estremece cuando lo talan.
- ELSA: Yo no me quejo.
- LANZAROTE: ¿Y no le da pena su padre?
- ELSA: El morirá justo en el momento en que sienta deseos de morir. En realidad, eso es también una suerte.
- LANZAROTE: ¿Y no le da pena separarse de sus amigas.
- ELSA: No. Si el Dragón no me hubiera elegido a mí habría sacrificado a alguna de ellas.
- LANZAROTE: ¿Y su novio?

ELSA: ¿Cómo sabe que tengo novio?

LANZAROTE: Lo presentí. ¿No le da pena separarse de él?

ELSA: Para consolar a Enrique, el Dragón le ha nombrado secretario particular suyo.

LANZAROTE: ¡Menudo consuelo! Entonces, ya no es tan triste separarse de él. ¿Y su ciudad? ¿No le da pena abandonarla?

ELSA: Pero si doy la vida por mi ciudad...

LANZAROTE: ¿Y ella acepta indiferente su sacrificio?

ELSA: No, no. Yo dejaré de existir el domingo y hasta el martes habrá tres días de luto nacional. Durante tres días enteros nadie comerá carne. Con el té, servirán unas pastas especiales llamadas "pobrecita". Las fabrican y venden en recuerdo mío.

LANZAROTE: ¿Y eso es todo?

ELSA: ¿Qué más se puede hacer?

LANZAROTE: Matar al Dragón.

ELSA: Eso es imposible.

LANZAROTE: El Dragón ha deformado vuestras mentes, os ha empozoñado la sangre y nublado la vista; pero le pondremos remedio.

ELSA: No lo haga. Si es cierto lo que acaba de decir es mejor que muera.

(Entra el Gato.)

GATO: Ocho gatas conocidas mías y mis cuarenta gatitos han recorrido las casas una por una, anunciando el próximo combate. Muau. El Alcalde viene corriendo.

LANZAROTE: ¿El Alcalde? Estupendo.

(Entra el Alcalde.)

ALCALDE Buenas tardes, Elsa. ¿Dónde está el forastero?

LANZAROTE: Aquí estoy.

ALCALDE: Ante todo, hágame el favor de hablar en voz baja, procure no hacer aspavientos, muévase despacio y no me mire a los ojos.

LANZAROTE: ¿Por qué?

ALCALDE: Porque ando con los nervios hechos polvo. Padezco todas las enfermedades nerviosas y síquicas conocidas, y tres desconocidas que aún no se han descubierto. ¿Cree usted que es fácil ser Alcalde con un Dragón?

LANZAROTE: Cuando mate el Dragón usted se curará.

ALCALDE: ¿Curará? ¡Ja, ja! ¡Curará! ¡Ja, ja, ja!
¡Curará! ¡Ja, ja!

(El Alcalde sufre un ataque de histeria. Bebe agua y se tranquiliza.)

asientos municipales, con los que ya empezaba a familiarizarse.

LANZAROTE: ¡Desgraciado! ¿No comprende que voy a salvar a la ciudad?

ALCALDE: ¿La ciudad? ¡Ja, ja! ¡La ciudad! ¡Ja, ja, ja! ¡La ciudad! ¡Ja, ja!

(El Alcalde bebe agua y se tranquiliza.)

ALCALDE: Mi sustituto es tan canalla, que estoy dispuesto a sacrificar dos ciudades, si con ello logro hacerle desaparecer. Prefiero cinco Dragones al bestia de mi sustituto. Por favor, márchese.

LANZAROTE: No me iré.

ALCALDE: Le felicito, me ha dado un ataque de catalepsia.

(Su cara se queda rígida, con una amarga sonrisa.)

LANZAROTE: ¿No me comprende? Voy a salvarles a todos. (El Alcalde calla.) ¿No me entiende?

(El alcalde continúa callado. Lanzarote le arroja agua a la cara.)

ALCALDE: No, no le entiendo. ¿Quién le ha pedido que luche con el Dragón?

LANZAROTE: La ciudad entera lo desea.

ALCALDE: ¿Ah, sí? Asómese a la ventana. Lo más granado de la ciudad ha venido a pedirle que se larque de aquí.

LANZAROTE: ¿Dónde están?

ALCALDE: Arrimados a las paredes. Acercaos, amigos.

LANZAROTE: ¿Por qué caminan de puntillas?

ALCALDE: Para evitarme un ataque de nervios. Amigos míos, decidle a Lanzarote lo que queréis. ¡A la una, a las dos y a las tres!

(Dicen a coro.)

CORO DE VOCES: ¡Fuera! ¡Que se vaya! ¡Que se vaya el forastero!

(Lanzarote se aleja de la ventana.)

ALCALDE: ¿Lo ve? Si es usted un hombre humanitario y civilizado, sométase a la voluntad popular.

LANZAROTE: De ninguna manera.

ALCALDE: Le felicito; ahora me ha producido un ataque de demencia. (Pone una mano en jarras y encorva la otra elegantemente.) Soy una cafetera. Echadme café.

LANZAROTE: Ahora comprendo por qué esos pobres diablos venían de puntillas. Para no despertar a los hombres de verdad. Iré a hablar con ellos.

(Sale.)

ALCALDE: Ponedme a hervir. De todos modos, ¿qué puedo hacer? Si el Dragón lo ordena, le metemos en la cárcel. Querida Elsa, no te pongas nerviosa. Nuestro querido Dragón te tomará en sus brazos a la hora exacta. Estate tranquila.

ELSA: De acuerdo. (Llaman a la puerta.) Adelante. (Entra el Lacayo que anunció la llegada del Dragón.)

ALCALDE: Hola, hijito.

LACAYO: Hola, papá.

ALCALDE: ¿Has estado con él? No habrá combate, ¿verdad? ¿Traes la orden de encarcelar a Lanzarote?

LACAYO: El señor Dragón ordena lo siguiente: primero, señalar el combate para mañana; segundo, suministrar armas a Lanzarote; tercero, que utilices un poco más la cabeza para pensar.

ALCALDE: Les felicito. Acabo de perder mi chaveta. ¿Dónde estará mi chaveta? ¿Dónde estará mi chaveta?

LACAYO: Tengo orden de hablar a solas con Elsa.

ALCALDE: Ya me voy, ya me voy, ya me voy.

(Sale apresuradamente.)

LACAYO: Hola, Elsa.

ELSA: Hola, Enrique.

ENRIQUE: ¿Crees que Lanzarote te salvará?

ELSA: No. ¿Y tú?

ENRIQUE: Yo tampoco.

ELSA: ¿Qué quiere decirme el Dragón?

ENRIQUE: Que mates a Lanzarote.

ELSA: (Asustada.) ¿Cómo?

ENRIQUE: Con este cuchillo. Está envenenado...

ELSA: ¡No quiero!

ENRIQUE: A eso el señor Dragón manda decir que si no matará a todas tus amigas.

ELSA: Está bien... Dile que haré lo que pueda.

ENRIQUE: A eso el señor Dragón manda decir que toda vacilación será castigada como insubordinación.

ELSA: ¡Te odio!

ENRIQUE: A eso el señor Dragón manda decir que sabe recompensar a sus fieles servidores.

ELSA: LANZAROTE matará a tu Dragón.

ENRIQUE: A eso el señor Dragón manda decir que ya veremos.

(Oscuro.)

ACTO SEGUNDO

(Plaza Mayor de la ciudad. A la derecha, el Ayuntamiento con una torre, en la que se encuentra un Centinela. De frente, un lúgubre edificio de color marrón, sin ventanas y con un gigantesco portón de hierro que ocupa toda la pared de arriba abajo. En la puerta un letrero en caracteres góticos dice: "Prohibida categóricamente la entrada a los hombres." A la izquierda, una vieja muralla. En el centro de la plaza, un pozo techado, con barandilla. Enrique, sin librea, con delantal, abrillanta la piezas de bronce de la puerta.)

ENRIQUE:

(Canturreando.)

Se verá, se verá
dijo un día el Dragón.
Se verá, se verá,
gritó el viejo Dra-Dra.
Dragoncito rugió:
Ya veremos, ¡rediez!
Claro que veré.
Lo veremos, la-la.

(Sale el Alcalde del Ayuntamiento. Lleva puesta una camisa de fuerza.)

ALCALDE:

¡Hola, hijo mío! ¿Me buscabas?

ENRIQUE:

Hola, padre. Quería saber cómo van las cosas. ¿Ha terminado la asamblea municipal?

ALCALDE:

¡Qué ocurrencia! En toda la noche sólo hemos aprobado el orden del día.

ENRIQUE:

¿Estás cansado?

ALCALDE:

Ya me dirás: en la última media hora me han cambiado tres veces la camisa de fuerza. (Bosteza.) No sé si va a llover, el caso es que hoy no hay quien aguante mi esquizofrenia. Estoy que no me aguanto... Tengo alucinaciones, desvaríos, esto, lo otro y lo de más allá. (Bosteza.) ¿Tienes tabaco?

ENRIQUE:

Sí.

ALCALDE:

Desátame y echaremos un cigarro.

(Enrique suelta a su padre. Se sientan juntos en los peldaños del Palacio. Fuman.)

ENRIQUE:

¿Cuándo solucionaréis el problema de las armas?

ALCALDE:

¿Qué armas?

ENRIQUE:

Las armas de Lanzarote.

ALCALDE:

¿Quién es ese Lanzarote?

ENRIQUE:

¿Te has vuelto loco?

ALCALDE:

Pues claro. ¡Vaya hijo éste! Se olvida de que su padre está malísimo. (Grita.) Escúchame, pueblo: ¡Amaos los unos a los otros! (Tranquilo.) ¿No ves cómo desvarío?

ENRIQUE:

No te apures, papá. Eso se pasa.

ALCALDE:

Ya sé que se pasa, pero es muy desagradable.

ENRIQUE:

Escucha lo que voy a decirte. Ha noticias importantes. El viejo Dra-dra está nervioso.

ALCALDE:

¡No puede ser!

- ENRIQUE: Como lo oyes. Nuestro carcalmal se pasó la noche volando, quién sabe por dónde. Volvió al amanecer. Apeataba a pescado, lo que demuestra que anda preocupado. ¿Me entiendes?
- ALCALDE: Ya, ya...
- ENRIQUE: Pude enterarme de lo siguiente: el buenazo del reptil se pasó la noche volando sólo para conocer los antecedentes del famoso Lanzarote.
- ALCALDE: ¿Y qué? ¿Y qué?
- ENRIQUE: No sé en qué antros se metió, si en el Himalaya o en el Ararat, en Escocia o en el Cáucaso, el caso es que el viejo se enteró de que Lanzarote es un héroe profesional. Yo destesto a esa gentuza. Pero Dra-dra, como es malvado de profesión, les concede por lo visto cierta importancia. Estuvo jurando, gritando y gimiendo. Después al abuelo se le antojó beber cerveza y se metió entre pecho y espalda un barril. Luego extendió sus alas, y ahí lo tienes revoloteando por el cielo como un pajarito. ¿No te preocupa todo esto?
- ALCALDE: En absoluto.
- ENRIQUE: Papá, eres mayor que yo y tienes mayor experiencia. Dime: ¿podría Lanzarote...? Pero dímelo claramente, sin triunfalismo oficial: ¿podría Lanzarote vencer? ¿Qué me responde, papá?
- ALCALDE: Hijo mío, te responderé claramente y con el corazón en la mano. Yo, pequeño, me siento muy ligado a nuestro Dragón. Te lo juro. Es como si fuera de la familia. Te aseguro que me entran ganas de dar la vida por él. Como lo oyes. Y, si no es verdad, que me parta un rayo aquí mismo. No y no, amigo mío, vencerá. Cencerá nuestro invicto, glorioso y celestial Dragón. ¡Cuánto le quiero! Pero, ¡cómo le quiero! Le quiero y sanseacabó. Ahí tienes mi respuesta.
- ENRIQUE: Padre, no quieres decirle la verdad a tu único hijo...
- ALCALDE: No quiero, hijo mío. Aún no estoy loco. Bueno, estoy loco, pero no tanto. ¿Te mandó el Dragón a que me sonsacaras?
- ENRIQUE: ¿Cómo puedes pensar eso?
- ALCALDE: Lo has hecho muy bien, hijo. Has llevado con habilidad la conversación. Estoy orgulloso de ti. No es porque sea tu padre, palabra. Estoy orgulloso de ti como experto, como viejo espolique. ¿Recuerdas bien mi respuesta?
- ENRIQUE: Claro.
- ALCALDE: ¿Y las palabras invicto, glorioso y celestial?
- Enrique: Lo recuerdo todo.
- ALCALDE: Pues cuéntaselo todo.
- ENRIQUE: Así lo haré, padre.

ALCALDE: Mi hijito, mi pequeño confidente..., tan pequeño y ya hace carrera. ¿Necesitas dinero?

ENRIQUE: No; por ahora, no. Gracias, papá.

ALCALDE: Pide, no te dé vergüenza. Estoy forrado de dinero. Precisamente ayer me dio un ataque de cleptomanía. ¡Toma!

ENRIQUE: Gracias, no me hace falta. Pero, en cambio, dime la verdad...

ALCALDE: Hijo, pareces un crío. La verdad, la verdad.. no soy un obrero o un artesano cualquiera; soy el Alcalde. Llevo tantos años sin decirme la verdad ni a mí mismo, que se me ha olvidado cómo es. La verdad me produce náuseas, me repugna. La verdad sólo mostraría el montón de porquería en el que pataleamos. Bien, terminemos, hijo. ¡Viva el Dragón! ¡Viva el Dragón! ¡Viva el Dragón!

(El Centinela de la torre golpea el suelo con su alabarda, mientras grita.)

CENTINELA: ¡Firmes! ¡Vista al cielo! ¡Su Excelencia está volando sobre las Montañas Grises!

(Enrique y el Alcalde se levantan rápidamente y se cuadran con la cabeza mirando al cielo. Se oye un zumbido lejano que, poco a poco, desaparece.)

CENTINELA: ¡Descansen! Su Excelencia dio la vuelta y ha desaparecido envuelto en humo y fuego.

ENRIQUE: Está de patrulla.

ALCALDE: Eso me gusta. Oye, ahora respóndeme tú a una preguntita. ¿Te ha dado instrucciones el Dragón?

ENRIQUE: No papá.

ALCALDE: ¿Le matamos o no le matamos?

ENRIQUE: ¿A quién?

ALCALDE: A nuestro salvador.

ENRIQUE: Ay, papá, papá...

ALCALDE: Dime, Enrique: ¿ordenó dar mulé a don Lanzarote? Anda, hombre, no seas tímido... Ya se sabe... Eso no tiene importancia... Son cosas de la vida... ¿No dices nada?

ENRIQUE: Ni una palabra.

ALCALDE: Está bien, calla. Te comprendo. ¿Qué se le va a hacer? ¡Son gajes del oficio!

ENRIQUE: Le recuerdo, señor Alcalde, que de un momento a otro deberá celebrarse el acto de entrega de las armas al paladín. Es probable que el señor Dra-dra honre el acto con su presencia, y tú no tienes nada preparado.

ALCALDE: (Bostezando y deperezándose.) Bueno, me voy. En un santiamén le encontraremos algún arma. (Irónico.) Quedará satisfecho. Anda, átame las manos. Ahí viene Lanzarote.

ENRIQUE: Llévate como sea. Elsa está a punto de llegar y tengo que hablar con ella a solas.

(Entra Lanzarote.)

ALCALDE: (Albardaneando.) ¡Alabado sea, oh, alabado, hosanna, San Jorge victorioso! Perdón, estaba delirando y le confundí con él. Se me antojó que usted se le parecía mucho.

LANZAROTE: Puede ser. Jorge es un pariente lejano.

ALCALDE: ¿Qué tal se pasó la noche?

LANZAROTE: Deambulando.

ALCALDE: ¿Hizo amistades?

LANZAROTE: Claro que sí.

ALCALDE: ¿Cómo quién?

LANZAROTE: Los aterrados ciudadanos me echaron los perros. Pero los perros de aquí son muy listos. Me hice amigo de ellos. Me entendieron porque quieren a sus amos y les desean lo mejor. Estuvimos charlando casi hasta el amanecer.

ALCALDE: ¿No habrá cogido pulgas?

LANZAROTE: No. Eran unos perros muy buenos y muy limpios.

ALCALDE: Dígame sus nombres.

LANZAROTE: Me rogaron que no revelara nombres.

ALCALDE: No soporto los perros.

LANZAROTE: No sabe usted lo que se pierde.

ALCALDE: Son seres demasiado simples.

Lanzarote; No crea. Llegar a querer a los hombres no es tan simple. Los perros saben perfectamente qué clase de gente son sus dueños. Les quieren, mal que les pese. Son auténticos trabajadores. ¿Me llamaba?

ALCALDE: Te llamaba, exclamó la grulla, dando un picotazo a la culebra; te llamaba, exclamó el rey y miró a la reina: tus cosquillas me llaman. En una palabra: sí, le llamaba, don Lanzarote.

LANZAROTE: ¿En qué puedo servirle?

ALCALDE: A la quesería de Muller llegaron quesos frescos. El mejor adorno de una doncella es el recato y un vestido transparente. Al atardecer los patos salvajes sobrevolaron la luna. ¡A la Asamblea Municipal, don Lanzarote!

LANZAROTE: ¿Para qué?

ALCALDE: ¿Para qué crecen los tilos en la calle de las Patitas del Dragón? ¿Para qué bailar cuando son besos lo que se desean? ¿Para qué besar cuando retumban los cascos? La Asamblea municipal desea verle personalmente para calcular qué tipo de armas le vendrán mejor, señor Lanzarote. Vamos.

(Se van.)

ENRIQUE:

(Canturreando.)

Se verá, se verá
dijo un día el Dragón.
Se verá, se verá
gritó el viejo Dra-dra.
Dragoncito rugió:
ya veremos, ¡rediez!
Claro que veré.
Lo veremos, la-lá.

(Entra Elsa.)

ENRIQUE:

Elsa.

ELSA:

Aquí estoy. ¿Me has mandado llamar?

ENRIQUE:

Sí te he mandado llamar. Lástima que en la torre esté el centinela; de no ser por ese contratiempo tan sumamente desagradable, te abrazaría y te besaría.

ELSA:

Y yo te daría una bofetada.

ENRIQUE:

¡Ay! Elsa, Elsa... Siempre pecaste por exceso de virtud. Pero es algo que te sienta muy bien. Tras tu virtud se oculta un no sé qué. El viejo Dra-dra tiene buen olfato para elegir a las muchachas. Siempre buscó las más prometedoras, ese traviesillo. Y Lanzarote, ¿qué...?; ¿intentó hacerte la corte?

ELSA:

Cállate.

ENRIQUE:

¡Qué pregunta más tonta! Pues claro que no. Sí en tu lugar se encontrara una vieja chocha, también se empeñaría en salvarla. Es la educación que ha recibido. En tí, ni se ha fijado.

ELSA:

Acabamos de conocernos.

ENRIQUE:

Eso no es ninguna justificación.

ELSA:

¿Me has llamado sólo para decirme esto?

ENRIQUE:

No. Te llamé para preguntarte si quieres casarte conmigo.

ELSA:

No hablemos de eso.

ENRIQUE:

No bromeo. Estoy autorizado para transmitirte lo siguiente: si te comportas como es debido y, llegado el momento, matas a Lanzarote, Dra-dra te concederá como recompensa la libertad.

ELSA:

No quiero.

ENRIQUE:

Déjame terminar. En tu lugar será elegida una muchacha de las clases, bajas totalmente desconocida. De todas formas, ya había sido elegida para el año próximo. Elige: una muerte estúpida, o una vida llena de alegrías con las que ni siquiera habías soñado...

ELSA:

(Con seguridad.) El Dragón tiene miedo.

ENRIQUE:

¿Dra-dra? Conozco todas sus debilidades: es déspota, burócrata, parásito, todo lo que quieras..., menos cobarde.

ELSA:

Ayer amenazaba y hoy negocia.

ENRIQUE:

Eso lo he conseguido yo.

ELSA:

¿Tú?

ENRIQUE:

Para que te enteres, yo soy el legítimo vencedor del Dragón. Puedo conseguirlo todo. He esperado el momento oportuno. No soy tan tonto como para consentir que se te lleve cualquiera.

ELSA:

No te creo.

ENRIQUE:

Sí que me crees.

ELSA:

De todos modos, soy incapaz de matar a un hombre.

ENRIQUE:

Pero traes el puñal por si acaso. Ahí lo tienes colgado de tu cinturón. Me voy, querida. He de ponerme la librea de ceremonias. Pero me voy tranquilo. Por tu bien y el mío, cumplirás la orden. Piénsalo bien. La vida, toda la vida tienes por delante, si quieres. Piénsalo, querida.

(Sale Enrique.)

ELSA:

¡Dios mío! Las mejillas me arden como si me hubiera besado. ¡Qué vergüenza! A punto estuvo de convencerme... Pero se acabó. No había muchacha más obediente que yo en toda la ciudad. Todo me lo creía. Decidme, ¿de qué me ha servido? Sí, la gente me respetaba, pero la dicha era para las demás. Ahora están en sus casas eligiendo el traje más bonito, planchando los pliegues, rizándose el pelo. Se embellecen para contemplar mi desgracia. Las veo empolvándose ante el espejo mientras murmuran: "Pobre Elsa, pobre chica; ¡con lo buena que era!". Soy la única de la ciudad que estoy en la plaza y sufro. Hasta ese esbirro del centinela me mira con ojos de besugo, y piensa en lo que el Dragón hará mañana conmigo. Mañana este soldado seguirá vivo y se irá a descansar después del relevo. Irá a pasear hasta la catarata, viendo cómo el agua retoza. O se irá al parque, donde el jardinero plantó pensamientos que saben guñiar el ojo y hasta leer si el libro tiene la letra grande y acaba bien. O paseará en barca por el lago, donde las sirenas se han vuelto mansas desde que el Dragón hizo hervir su agua. Ahora ya nadie naufraga por ellas; se sientan en la orilla y venden chalecos salvavidas. Y ese estúpido soldado contará a las sirenas cómo sonó una musiquilla alegre, cómo todo el mundo rompió a llorar y cómo el Dragón me llevó a su guarida. Y las sirenas exclamarán: "Pobre Elsa, pobre chica, irse de este mundo haciendo tan buen tiempo". No quiero. Quiero verlo todo, sentirlo todo. ¡Para que lo sepáis! Quiero ser feliz. ¡Para que lo sepáis! Cogí el puñal para matarme, pero no lo haré. ¡No lo haré!

(Lanzarote sale del Ayuntamiento)

LANZAROTE:

Elsa, ¡qué alegría verla!

ELSA

¿Por qué se alegra?

LANZAROTE:

He tenido una jornada tan difícil que el corazón me pide un instante de reposo. Es una suerte haberla encontrado.

ELSA:

¿Ha estado en la Asamblea?

LANZAROTE:

Sí.

ELSA:

¿Para qué le han llamado?

LANZAROTE:

Me ofrecieron dinero para que reuniciada al combate.

ELSA:

¿Y qué les dijo usted?

LANZAROTE:

Que eran unos pobres idiotas. Pero no hablemos de eso, Elsa, hoy está usted aún más hermosa que ayer. Es una prueba segura de que de verdad me gusta. ¿Cree que puedo salvarla?

ELSA:

No.

LANZAROTE:

No me ofendo. Eso demuestra lo mucho que usted me gusta.

(Entran la amigas de Elsa)

PRIMERA AMIGA:

Ya estamos aquí.

SEGUNDA AMIGA:

Somos las mejores amigas de Elsa.

TERCERA AMIGA:

Hemos sido inseparables desde niñas.

PRIMERA AMIGA:

Era la más inteligente de todas.

SEGUNDA AMIGA:

Era la más bondadosa.

TERCERA AMIGA:

Y era la más cariñosa. Te cosía todo lo que le pedías, te ayudaba a hacer los deberes y te consolaba cuando estabas triste.

PRIMERA AMIGA:

¿Hemos llegado tarde?

SEGUNDA AMIGA:

¿Es verdad que va a pelear con el Dragón?

TERCERA AMIGA:

Señor Lanzarote, ¿podría conseguirmos un sitio en el tejado del Ayuntamiento? A usted no se le negarán. Tenemos unas ganas locas de ver bien el combate.

PRIMERA AMIGA:

¡Ay!, se ha enfadado con nosotras...

SEGUNDA AMIGA:

Y no quiere hablarnos...

TERCERA AMIGA:

Pero no somos tan malas chicas.

PRIMERA AMIGA:

No crea que hemos venido a fastidiarle la despedida de Elsa.

SEGUNDA AMIGA:

No lo hemos hecho adrede.

TERCERA AMIGA:

Fue Enrique quien nos ordenó que no les dejáramos a solas. El Dragón no lo permite.

PRIMERA AMIGA:

Nos ordenó charlar...

SEGUNDA AMIGA:

Y eso es lo que hacemos... Charlar como cotorras.

TERCERA AMIGA:

Si paramos, romperemos a llorar. y usted, forastero, no se imagina la verguenza que da llorar en presencia de extraños.

(Sale Carlomagno del Ayuntamiento.)

CARLOMAGNO:

Acaba de levantarse la sesión, señor Lanzarote. Ya han elegido sus armas. Perdónenos. Tenga compasión de nosotros. Somos unos pobres asesinos.

(Suenan los clarines. Del Ayuntamiento salen varios servidores. Extienden las alfombras y colocan sillas. En el centro colocan un sillón muy lujoso. A su derecha y a su izquierda colocan sillones más sencillos. Sale el Alcalde rodeado de sus consejeros. Está muy alegre. Con ellos va Enrique, que viste su librea de ceremonias.)

ALCALDE:

Tiene mucha gracia ese chiste... ¿Cómo dijo ella?... Creí que todos los niños sabían hacer eso... ¡Ja, ja, ja!... ¿Saben este otro? Es muy gracioso. A un gitano le cortan la cabeza... (Suenan los clarines.) ¡Ajá! ¡Ya está todo listo!... Bien, lo contaré después de la ceremonia... Vamos, vamos, señores. Acabemos cuanto antes.

(Los consejeros se colocan a ambos lados del sillón central. Enrique se coloca detrás del sillón. El Alcalde hace una reverencia al sillón vacío. Después, dice mecánicamente y de carrerilla:)

ALCALDE:

Conmovidos y emocionados por la confianza que usted, excelencia, deposita en nosotros, al permitirnos adoptar decisiones trascendentales, rogándole pase a ocupar la presidencia de honor. Se lo pedimos por primera, por segunda y por tercera vez. Lo lamentamos, pero qué se le va a hacer. Señores, siéntens. Queda abierta la función... (Pausa.) ¡Agua! (Uno de los servidores saca agua del pozo. El Alcalde bebe.) Queda abierta la fusión... ¡Agua! (Bebe, Tose. Con voz fina:) Queda abierta (Con voz ronca;) la sesión... ¡Agua! (Bebe, Con voz fina:) Gracias, amigo. Con voz ronca:) ¡Fuera de aquí, canalla! (Con voz natural:) Les felicito, señores; siento que mi personalidad se desdobla. (Con voz ronca:) ¿Qué haces aquí, vieja bruja? (Con voz fina:) ¿No ves que estoy presidiendo? (Con voz ronca:) ¿Y eso es cosa de mujeres? (Con voz fina:) Yo también sufro horrores, cariño. Leeré el acta en un momento, pero no me deis tormento. (Con voz natural:) Oída la propuesta sobre el abastacimiento de armas a quien dice llamarse Lanzarote, hemos dispuesto: dárselas, pero a disgusto. A ver, vosotros; traed aquí las armas.

(Suenan los clarines. Entran los servidores. El primero entrega a Lanzarote una bacía con unas correas estrechas.)

LANZAROTE:

Esto es una bacía de barbero.

ALCALDE:

Desde luego. Con carácter interino la hemos denominado yelmo. Esta bandeja de bronce ha sido denominada rodela. No se preocupe, en nuestra ciudad los objetos son también obedientes y disciplinados. Cumplirán su deber con la mejor voluntad. Lamentablemente, en nuestros almacenes no había armaduras. Pero tenemos una lanza. (Tiende a Lanzarote un papel.) Le entrego este certificado como prueba de que la lanza se halla en reparación, de lo que damos fe con nuestra firma y sello. En el combate, preséntaselo al señor Dragón, y todo acabará a las mil maravillas. Y esto es todo. (Con voz ronca:)

Levanta la sesión, vieja bruja. (Con voz fina:)
Ya la levanto, ya la levanto. El pueblo se
enfurece, se enfurece, y nunca se sabe por qué.

(Canta)

Por el cielo pasea un gran cazador
y el valiente Lanzarote lo persiguió.

(Con voz ronca:) Acaba de una vez, vieja
zorra. (Con voz fina:) ¿Y qué estoy haciendo?
(Canta:)

El cazador dispara su escopeta de frente
y el pobre caballero se muere de repente.
Pim, pam, pum, pom, pim, pam, pum, pom,
la cacería terminó.

(Con voz normal:)

Se levanta la sesión.

CENTINELA:

¡Firme! ¡Vista al cielo! Su excelencia ha
aparecido sobre las Montaña Grises y vuela
hacia aquí a una velocidad vertiginosa.

(Todos se levantan y quedan inmóviles, con la cabeza mirando al cielo.
Se oye un fragor lejano que aumenta a gran velocidad. El escenario se va
oscureciendo hasta el oscuro total. El ruido cesa.)

CENTINELA:

¡Firmes! Su excelencia se cierne como una nube
sobre nosotros, eclipsando el sol. Contened
la respiración.

(Se encienden dos lucecitas verdes.)

GATO:

(Susurrando.) Lanzarote soy yo, el Gato.

LANZAROTE:

(Susurrando.) Te reconocí por los ojos.

GATO:

Estaré dormitando en la muralla. Cuando tengas
tiempo ven a verme, te Contaré algo muy agra-
dable...

CENTINELA:

¡Firme! Su excelencia baja en picado hacia
la plaza.

(Se oye un silbido y un rugido ensordecedores. Se enciende la luz. En
el sillón grande, con las piernas recogidas, hay un hombre viejo, pequeño,
pequeñito, con una palidez de muerte.)

GATO:

(Desde la muralla.) No te asustes, Lanzarote.
Es su jeta número tres.

ALCALDE:

Excelencia, en el Ayuntamiento a mi cuidado
no hay novedad. En el calabozo hay uno.
Presente...

DRAGON:

(Con voz cacada de tenor. Muy tranquilo.)
¡Fuera! Todos fuera menos el forastero.

(Se van todos. Queda Lanzarote, el Dragón y el Gato, que dormita sobre
la muralla hecho un ovillo.)

DRAGON:

¿Cómo andamos de salud?

LANZAROTE:

Muy bien, gracias.

DRAGON:

¿Qué son esos cacharros?

LANZAROTE:

Son mis armas.

DRAGON:

¿Ha sido idea de mi gente?

LANZAROTE:

Pues sí.

DRAGON: ¡Qué granuja! Supongo que estará rabioso...

LANZAROTE: No.

DRAGÓN: Mentira. Con toda mi sangre fría, yo también me hubiera irritado. Tiene miedo?

LANZAROTE: No.

DRAGON: Mientes, mientes. Mi gente es de miedo. No encontrarás otra igual. Es obra mía. Los he cortado según mi propio patrón.

LANZAROTE: Pero, al fin y al cabo, son hombres.

DRAGON: Sólo en apariencia.

LANZAROTE: No es verdad.

DRAGON: Si les vieras las entrañas te echarías a temblar.

LANZAROTE: Creo que no.

DRAGON: Te echarías a correr. Todo menos dejarte matar por unos monstruos. Yo mismo, querido amigo, los deformé. Los deformé para dejarlos a mi medida. La mente humana, amigo, es muy resistente. Si al hombre le cortas el cuerpo por la mitad se morirá, pero si le partes la mente sólo se volverá más dócil. No, en ninguna otra parte encontrarás mentes semejantes. Mentes cojas, mentes mancas, mentes mudas, mentes de perros de presa, mentes delatoras, mentes perseguidoras, mentes torturadoras y malditas. ¿Sabes por qué se hace el loco el alcalde? Para ocultar que es un desalmado. Mentes agujereadas, mentes venales, mentes redomadas, mentes muertas. ¡Más vale que las mentes sean invisibles y no se puedan ver!

LANZAROTE: Suerte para usted.

DRAGON: ¿Por qué?

LANZAROTE: La gente quedaría horrorizada si viera con sus ojos en qué se convirtieron sus mentes. Se rebelarían, preferirían morir antes que someterse. ¿Quién iba entonces a alimentarle?

DRAGON: Vaya, es posible que tengas razón. ¿Empezamos de una vez?

LANZAROTE: Cuando quiera.

DRAGON: Antes, despídete de la muchacha por la que vas a morir. ¡Lacayo! (Entra Enrique.) Que venga Elsa. (Enrique sale.) ¿Te gusta la muchacha que he elegido?

LANZAROTE: Me gusta mucho.

DRAGON: Me agrada oírlo. A mí también me gusta mucho. Es una chica hermosa y obediente. (Entran Enrique y Elsa.) Ven aquí, amor mío. Mírame a los ojos. Eso es, unos ojos diáfanos. Puedes besarme la mano. Eso es, ¡qué labios más cálidos! Eso significa que tienes la conciencia tranquila. ¿Quieres despedirte de Lanzarote?

ELSA: Como usted mande, señor Dragón.

SEMINARIO MULTIDISCIPLINAR
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

DRAGON:

Pues eso es lo que te mando. Ve y háblale cariñosamente. (En voz baja.) Muy cariñosamente. Al despedirte le besas, no importa que yo esté delante. Después mávalo. No te preocupes, te digo que yo estaré aquí. Veré cómo lo haces. Ahora, vete. Puedes llevártelo un poco más lejos. Os veo desde aquí perfectamente, nada se me escapa. Anda, ve.

(Elsa se acerca a Lanzarote.)

ELSA:

Señor Lanzarote, tengo orden de despedirme de usted.

LANZAROTE:

Está bien, Elsa. Despidámanos, por si acaso. Será un combate muy duro. Pueden pasar muchas cosas. Como despedida, le diré Elsa, que la quiero.

ELSA:

¿A mí?

LANZAROTE:

Sí, Elsa. Ayer me gustó usted tanto cuando la vi pasear con su padre, lentamente, hacia su casa. Después me di cuenta de que, cada vez que la veía, me iba pareciendo más hermosa. ¡Ah!, pensé para mis adentros, ¿quién lo iba a decir? Luego, cuando besó usted la mano del Dragón, no es que me enfadara, pero me dio una pena enorme ver su misión. Y lo comprendí todo. Elsa, la quiero. No se enfade. Tenía unos deseos tremendos de decírselo.

ELSA:

Creí que, de todas formas, usted retaría al Dragón, aunque en mi lugar estuviera otra muchacha.

LANZAROTE:

Claro que lo hubiera hecho. No soporto a los dragones. Pero por usted soy capaz de entran-
gularme con mis propias manos, aunque me repugna.

ELSA:

Entonces, ¿me quiere?

LANZAROTE:

Tanto que da miedo pensarlo. Si ayer en el cruce de los tres caminos, yo, en vez de torcer a la derecha hubiera torcido a la izquierda, jamás nos habiéramos conocidos. Es terrible, ¿verdad?

ELSA:

Sí.

LANZAROTE:

Da miedo pensarlo. Ashora me parece que no tengo en el mundo a nadie a quien quiera tanto como a usted; tanto que su ciudad la considero como si fuera la mía, porque vive usted en ella. Si a mi..., en fin, si no volvemos a vernos, no me olvide.

ELSA:

No le olvidaré.

LANZAROTE:

No me olvide. En todo el día es la primera vez que me mira. Siento que mi cuerpo arde, como si la hubiera acariciado. Soy un hombre sin patria, un caminante, pues pasé mi vida en duros combates. Hoy con un dragón, mañana con un ogro, pasado mañana con un gigante. Es algo que no se hace en un momento, por supuesto. Es un trabajo muy pesado, ingrato. Pero siempre fui feliz. No me cansaba. Y, con frecuencia, llegaba a enamorarme.

ELSA:

¿Con frecuencia?

LANZAROTE:

Claro. Hoy peleas aquí, mañana allí... Y conoces a chicas... A menudo caen en manos de bandoleros, en el saco de un gigante o en la caldera de un ogro. Estos criminales siempre eligen a las más hermosas, sobre todo los ogros. Y, claro, solía enamorarme. Pero como esta vez, nunca. Con las anteriores no pasaba de gastarles bromas. Las hacía reír. Pero a usted, Elsa, si estuviéramos solos, no cesaría de besarla. Así, como lo oye. Y me la llevaría de aquí. Caminaríamos los dos por bosques y montañas. No es difícil. Le encontraría un caballo ensillado para que no se cansara nunca. Y yo marcharía a su estribo, contemplándola. Y nadie se atrevería a ofenderla.

(Elsa toma la mano de Lanzarote.)

DRAGON:

¡Qué bien actúa esta chica! Le está amando.

ENRIQUE:

No tiene un pelo de tonta, excelencia.

LANZAROTE:

Elsa, me parece que quieres llorar.

ELSA:

Así es.

LANZAROTE:

¿Por qué?

ELSA:

Me da pena.

LANZAROTE:

¿De quién?

ELSA:

De usted y de mí. Tú y yo no seremos felices, Lanzarote. ¿Por qué habré nacido bajo el régimen de un Dragón?

LANZAROTE:

Elsa, yo siempre digo la verdad. Créeme; seremos felices.

ELSA:

No digas nada.

LANZAROTE:

Caminares juntos por senderos, alegres y felices. Los dos solos.

ELSA:

No digas nada.

LANZAROTE:

Y el cielo sobre nuestras cabezas estará limpio. Nadie se lanzará desde allí contra nosotros.

ELSA:

¿Es cierto?

LANZAROTE:

Sí, es cierto. ¿Acaso vuestro pobre pueblo sabe cómo es amar de verdad? Tu miedo, tu fatiga, tu desconfianza desaparecerán con mi amor. Te dormirás con una sonrisa y con esa misma sonrisa te despertarás. Tanto me querrás. Y también te querrás a ti misma. Caminarás tranquila y orgullosa. Y comprenderás que si te beso es por tu hermosura. Y los árboles del bosque tendrán para nosotros palabras cariñosas, y también los pájaros y los animales, porque los que se quieren de verdad lo entienden todo y tienen de su parte al mundo entero. Y todo se alegrarán de nuestra presencia, porque los que se quieren de verdad llevan con ellos a la fortuna.

DRAGON:

¿Qué le estará contado?

- ENRIQUE: Le está predicando. Le hablará de la paz, de la libertad, de la justicia, y de tontearías por el estilo.
- DRAGON: ¡Mira! Ya le ha puesto una mano en el hombro. Así se hace.
- ELSA: Aunque no lleguemos a conocer la felicidad, ya soy feliz. Esos monstruos nos observan y nos hemos distanciado mucho de ellos. Jamás me dijo nadie esas palabras, amor mío. No sabía que en el mundo hubiera hombres como tú. Ayer yo era sumisa como un perrito, no me atrevía a pensar en ti. Pero, por la noche, bajé muy despacio, y me bebí el vino que quedaba en tu vaso. Ahora comprendo que fue como si te hubiera besado a escondidas, por haber salido en mi defensa. No te imaginas qué absurdamente complicados son nuestros sentimientos; los de nosotras, infelices y asustadas muchachas. Hace poco creí que te odiaba. Y era que me enamoraba de ti, a mi manera y en secreto. Te amo, Lanzarote. ¡Qué felicidad poder decírtelo así, directamente! (Le besa.)
- DRAGON: (Golpea impaciente un pie contra el otro.) Ahora, ahora, ahora.
- ELSA: Ahora, deja que me vaya, cariño. (Se libra del abrazo de Lanzarote. Desenfunda el puñal.) ¿Ves este puñal? El Dragón me ordenó que te matara. Mira...
- DRAGON: ¡Venga! ¡Vamos!
- ENRIQUE: ¡Dale! ¡Dale! (Elsa tira el puñal al pozo.) ¡La muy zorra!
- DRAGON: (Chillando.) ¿Cómo te has atrevido?...
- ELSA: Ni una palabra más. ¿Crees que voy a permitirte que me chilles, después de que me ha besado? Amo a Lanzarote, y él te matará.
- LANZAROTE: Es la pura verdad, señor Dragón.
- DRAGON: ¡Qué se le va a hacer! Bueno, pues a luchar (Bosteza.) Si quieres que te sea sincero, me agrada: hace poco inventé un curioso zar-pazo. Ahora lo probaré en tu cuerpo. Lacayo, llama al guardia (Sale Enrique.) Anda, veta a casa, tonta; después del combate arreglaremos cuentas cordialmente. (Entra Enrique con el Guardia.) Oye, Guardia... ¿qué te iba a decir?... Ah, sí... Acompaña a la señorita a su casa y ponla a buen recaudo.
- (Lanzarote da un paso hacia el Guardia.)
- ELSA: Déjalo. Reserva tus fuerzas. Cuando le mates ven a buscarme. Te estaré esperando. Mientras, recordaré cada una de las palabras que me has dicho hoy. Creo en ti.
- LANZAROTE: Iré a buscarte.
- DRAGON: Estupendo. largo de aquí. (El Guardia se lleva a Elsa.) Lacayo, retira al centinela de la torre y mételo en la cárcel. Esta noche habrá que cortarle la cabeza. Ha oído cómo la chica me gritaba, y es capaz de irse de la lengua y contarlo en el cuartel. En cuanto cumplas lo que te he

dicho, ven a untarme las garras con veneno. (Sale Enrique. El Dragón se dirige a Lanzarote.) Y tú, quédate aquí y espera. Cuando todo empiece no te avisaré. ¿Entendido? Las guerras de verdad comienzan de sopetón.

(El Dragón desciende del sillón y entra en el palacio. Lanzarote se acerca al Gato.)

LANZAROTE:

¿Qué cosas agradables me ibas a contar?

GATO:

Mira a la derecha, querido Lanzarote. En medio de una nube de polvo hay un burro coceando. Cinco hombres tratan de convencerlo para que camine. Ahora le cantaré la canción. (Maulla.) Verás cómo el muy tozudo trota hasta nosotros. Junto a la muralla volverá a detenerse; háblales entonces a los arrieros. Ahí están.

(Tras la muralla aparece la cabeza de un burro, que se detiene entre una polvareda. Cinco arrieros le gritan. Enrique cruza corriendo la plaza dirigiéndose a los arrieros.)

ENRIQUE:

¿Qué hacéis aquí?

DOS ARRIEROS:

(A coro.) Llevamos mercancía al mercado, su señoría.

ENRIQUE:

¿Qué mercancía?

DOS ARRIEROS:

Alfombras, su señoría.

ENRIQUE:

Largo de aquí. Está prohibido parar ante el Palacio.

DOS ARRIEROS:

No hay quien arree al burro, su señoría.

VOZ DEL DRAGON:

(Desde el interior del Palacio.) ¡Lacayo!

ENRIQUE:

¡Largo de aquí! ¡Largo de aquí! (Enrique corre hacia el Palacio.)

DOS ARRIEROS:

Buenos días, señor Lanzarote. Somos sus amigos. (Tosen a la vez.) ¡Je, je! No se moleste porque hablemos a la vez. Desde pequeños trabajamos juntos y estamos tan compenetrados que pensamos y hablamos como si fuéramos una misma persona. Hasta nos enamoramos el mismo día de dos hermanas gemelas. Hemos hecho muchas alfombras en nuestra vida, pero la mejor la hemos tejido esta noche para usted. (Descargan una alfombra del burro, extendiéndola en el suelo.)

LANZAROTE:

Es una alfombra muy bonita.

DOS ARRIEROS:

Es una alfombra de gran calidad, anudada a mano, de lana y seda. El tinte está hecho según una fórmula secreta propia. Pero su principal secreto no está ni en la seda ni en el tinte. (A media voz.) Es una alfombra voladora.

LANZAROTE:

Estupendo. ¿Cómo se maneja?

DOS ARRIEROS:

Es muy fácil, señor Lanzarote. Esta es la esquina de elevación, lleva tejido un sol. Esta la de descenso, con la Tierra bordada. Esta otra, la de vuelo oscilante, lleva dibujadas unas golondrinas. La última es la de vuelos en picado. La levantas y caes a plomo sobre la chola enemiga. También

hay tejidas una copa de vino y una excelente comida: es un homenaje al vencedor del Dragón.

LANZAROTE

Gracias, amigos.

DOS ARRIEROS:

No nos las dé. Nuestros tatarabuelos no cesaron de mirar al camino, esperándole. Nuestros abuelos también esperaron. A nosotros nos ha tocado verlo.

(Salen rápidamente. Inmediatamente después se acerca a Lanzarote el Sombrerero, con un funda de cartón en la mano.)

SOMBRERERO:

Le saludo, señor. Con su permiso, ponga la cabeza así. Ahora del otro lado. Perfecto. Señor, soy sombrerero. Hago los mejores sombreros del mundo. Soy famosísimo en toda la ciudad. Me conocen hasta los perros.

GATO:

Y también los gatos.

SOMBRERERO:

¿No le digo? Sin tomar medidas, sólo con un vistazo, hago cosas maravillosas para la gente. A una señora la quiere su marido únicamente cuando se pone un sombrero hecho por mí. No se quita el sombrero ni para dormir, y dice que me debe su felicidad. He pasado la noche trabajando para usted, y me entró tanta pena que lloré como un niño.

LANZAROTE:

Pero ¿por qué?

SOMBRERERO:

Es un modelo trágico, especial. Es un gorro que hace invisible.

LANZAROTE:

Formidable.

SOMBRERERO:

En cuanto se lo ponga desaparecerá, y este pobre sombrerero jamás sabrá cómo le cae. Cójalo, pero no se lo pruebe en mi presencia. No podría soportarlo.

(Sale corriendo. Se acerca corriendo a Lanzarote el Herrero. Es un hombre barbudo, hosco, con un envoltorio al hombro. Al desplegarlo muestra su contenido: una espada y una lanza.)

HERRERO:

Toma. La estuvimos forjando toda la noche. Que haya suerte.

(Sale. Se acerca a Lanzarote el Constructor de instrumentos musicales. Es un hombrecillo canoso, con un instrumento de cuerda en las manos.)

CONSTRUCTOR:

Señor Lanzarote, yo hago instrumentos musicales. Este pequeño violín comenzó a construirlo mi bisabuelo, varias generaciones han trabajado en su terminación y en las manos del hombre se ha humanizado. Será un compañero seguro en el combate. Usted tendrá las manos ocupadas con la lanza y la espada, pero él se ocupa de sí mismo. Se afina, cambia una cuerda rota y toca solo. Si quieres, repite su melodía y si no se calla. ¿Tengo razón? (El instrumento responde con una frase musical.) ¿Ve? Sí, nos enteramos de que deambulaba usted solo por la ciudad, y nos hemos apresurado a armarle de pies a cabeza. Hemos esperado, señor Lanzarote;

hemos estado esperando durante siglos. El Dragón nos hizo temerosos y hemos esperado en silencio. Y, por fin, ha llegado la hora. Mátele y devuélvanos la libertad. (Al instrumento.) ¿Tengo razón?

(El instrumento responde con una frase musical. El constructor de instrumentos musicales se despide con reverencia.)

- GATO: Cuando empiece el combate, el burro y yo nos meteremos en un almacén que hay detrás del palacio, no vaya a chamuscarnos el fuego la piel. Si nos necesitas, llámanos. Aquí, en la albarda del burro, hay bebidas tónicas, unos pasteles de cerezas, una piedra de afilar la espada, puntas de lanza de repuesto, hilo y agujas.
- LANZAROTE: De acuerdo.
- (Se pone, sobre la alfombra, Coloca las armas y el instrumento musical a su pies. Se pone el gorro invisible, y desaparece.)
- GATO: Ese sombrero es extraordinario. Un buen trabajo. ¿Aún sigues aquí, Lanzarote?
- VOZ DE LANZAROTE: No. Me elevo poco a poco. Hasta la vista, amigos.
- GATO: Hasta la vista, amigo. ¡Ay, cuántas emociones, cuántas preocupaciones! No, es mucho más agradable no tener esperanzas. Te tumbas y no esperas nada. ¿Tengo razón, burrito?
- (El burro meneas las orejas.)
- GATO: ¡Oye, que yo no sé hablar con las orejas! Si te parece, burrito, hablemos con palabras. Hace poco que nos conocemos, pero ya que trabajamos juntos, bien podemos maullar un rato. Es un suplicio esperar callados. Maullemos.
- BURRO: No me da la gana de maullar.
- GATO: Pues, entonces, hablemos. El Dragón cree que Lanzarote está aquí, pero éste ya ha puesto pies en polvorosa. Da risa, ¿verdad?
- BURRO: (Hosco.) Mucha risa.
- GATO: Entonces, ¿por qué no te ríes?
- BURRO: Porque me zurren. En cuanto empiezo a reírme la gente dice: ya está ese maldito burro rebuznando. Y me sacuden.
- GATO: Debes tener una risa muy sonora.
- BURRO: Efectivamente.
- GATO: ¿Y de qué te ríes?
- BURRO: Depende... Algunas veces me quedo pensativo y recuerdo algo gracioso. Los que me hacen mucha gracia son los caballos.
- GATO: ¿Por qué?
- BURRO: Bah, son bobos.
- GATO: Oye, perdona la indiscreción, pero hace tiempo que quería preguntártelo...

BURRO: ¿Qué?

GATO: ¿Cómo puedes comer cardos?

BURRO: ¿Por qué?

GATO: Hombre, en la hierba siempre encuentras algunas brizna comestible, pero mira que los cardos... tan duros.

BURRO: Me gusta la comida fuertes.

GATO: ¿Y la carne?

BURRO: La carne, ¿qué?

GATO: Que si has comido carne.

BURRO: La carne no es comida. La carne es mercancía. Es lo que te echan sobre el lomo, bobo.

GATO: ¿Y la leche?

BURRO: Eso sí que tomaba cuando era niño.

GATO: Menos mal, hombre. Tenemos agradables recuerdos comunes.

BURRO: Tienes razón. Es agradable recordarlo. Te quita las penas. Mamá estaba tan cariñosa. Y la leche tan calentita. Y yo chupa que chupa. En fin, el Paraíso. ¡Qué delicia!

GATO: La leche también sabe muy rica lamiéndola.

BURRO: ¡La-miéndola! ¡Qué cosas dices!

GATO: (Incorporándose.) ¿Oyes?

BURRO: El canalla golpea con los cascos.

(Se oye por tres veces el rugido del Dragón.)

DRAGON: ¡Lanzarote! (Pausa.) ¡Lanzarote!

BURRO: ¡Cu-cú! (Estalla en una carcajada asnal.)
¡I-a! ¡I-a!

(Se abren las puertas del Palacio. Entre el humo y el fuego se ven confusamente tres gigantescas cabezas, unas enormes zarpas y unos ojo brillantes.)

DRAGON: Lanzarote, mírame antes de combate. ¿Dónde estás?

(Enrique sale a la plaza. Va de un lado a otro en busca de Lanzarote. Se asoma al pozo.)

DRAGON: Lacayo, ¿dónde se ha metido?

ENRIQUE: Se ha escondido, Excelencia.

DRAGON: Lanzarote, ¿dónde estás? (Se oye el golpe de una espada.) ¿Quién se atreve a golpear-me?

VOZ DE LANZAROTE: Soy yo, Lanzarote.

(Se hace una oscuridad completa. Se escucha un rugido amenazador. Suena el fragor del combate que comienza.)

GATO: Vamos al refugio.

BURRO: Ya es hora.

(Ambos escapan. Cae el telón.)

ACTO TERCERO

(En la plaza hay bastante gente. Todos hablan en voz baja.)

PRIMER CIUDADANO: El combate está durando demasiado.

SEGUNDO SIUDADANO: Y que lo digas. Llevan ya dos minutos, y sin resultado.

CIUDADANO PRIMERO: Creo que todo acabará en seguida.

CIUDADANO SEGUNDO: Con lo tranquilos que vivíamos. Y ahora, en cambio, es la hora de comer y no tengo ni ganas. (Al Jardinero.) Buenos días, señor Jardinero. ¿A qué viene esa cara tan triste?

JARDINERO: Hoy me han florecido la Rosa del Té, la Flor del Pan y la Flor del Vino. Basta mirarlas para sentirse uno harto y borracho. El señor Dragón prometió pasar a verlas y dar dinero para seguir adelante con mis experimentos. Pero ahora anda combatiendo. Por este escándalo pueden malograrse los frutos de muchos años de trabajo.

VENDEDOR AMBULANTE: (Susurrando con desparpajo.) ¿Quién quiere un bonito cristal ahumado? Para ver al señor Dragón chamuscado.

(Todos sonríen por lo bajo.)

CIUDADANO PRIMERO: ¡Qué sinvergüenza! ¡Ja, ja, ja!

CIUDADANO SEGUNDO: ¡El viejo carcamal chamuscado!

(Compran los cristales.)

NIÑO: Mamá, ¿de quién huye el Dragón?

TODOS: Chistsss.

CIUDADANO PRIMERO: No huye, niño. Está maniobrando.

NIÑO: ¿Y por qué lleva el rabo entre las piernas?

TODOS: Chistsss.

CIUDADANO PRIMERO: Niño, tiene el rabo encogido según un plan previsto.

CIUDADANA PRIMERA: ¡Imagínate! Llevamos seis minutos de guerra y esto no tiene pintas de acabar. Todo el mundo está nervioso. El precio de la leche ha subido tres veces en lo que va de combate.

CIUDADANA SEGUNDA: ¡Y si sólo fuera la leche! Cuando venía hacia aquí he visto un espectáculo capaz de helar la sangre al más terne. El azúcar y la mantequilla salían corriendo de una tienda y huían hacia el almacén. Son unos alimentos tan nerviosos. En cuanto se vislumbra una guerra se esconden de inmediato.

(Exclamaciones de miedo. La gente se apata. Aparece Carlomagno.)

CARLOMAGNO: Buenos días, señores. (Silencio.) ¿No me reconocen?

CIUDADANO PRIMERO: Por supuesto que no. Desde ayer es usted irreconocible.

CARLOMAGNO: Pero ¿por qué?

JARDINERO:

Desde luego hay gente tremenda: reciben forasteros en su casa y ponen de mal humor al Dragón. Eso es mucho peor que pisar el césped. ¡Y aún pregunta ¿por qué?!

CIUDADANO SEGUNDO:

Personalmente, yo no logro reconocerlo desde que ayer la guardia rodeó su casa.

CARLOMAGNO:

Sí, es terrible, ¿verdad? Los guardias son tan cretinos que no me dejan ver a mi propia hija. Dicen que el Dragón ha prohibido las visitas.

CIUDADANO PRIMERO:

Desde su punto de vista, Su Excelencia tiene toda la razón.

CARLOMAGNO:

Elsa está sola. Me saludó alegre desde la ventana, pero quizá sólo fue para tranquilizarme. No tengo dónde ir.

CIUDADANO SEGUNDO:

¿Qué no tiene dónde ir? ¿Le han echado del archivo?

CARLOMAGNO:

No.

CIUDADANO SEGUNDO:

Entonces, ¿qué quiere decir?

CARLOMAGNO:

¿Acaso no me entiende?

CIUDADANO PRIMERO:

Desde que hizo amistad con ese forastero hablamos lenguajes distintos.

(Se oye el ruido del combate. Golpe de espada.)

NIÑO:

(Señalando al cielo.) Mamá, mamá; anda panza arriba. Le están surrando tanto que echa chispas.

TODOS:

Chitsss.

(Suenan los clarines. Entran Enrique y el Alcalde.)

ALCALDE:

Atiendan al bando. Se prohíbe mirar al cielo por orden de la ley, para evitar una epidemia de enfermedades de la vista. Seréis informados de lo que ocurre en el cielo por los partes que serán emitidos por el secretario particular del señor Dragón cuando los considere oportunos.

CIUDADANO PRIMERO:

Muy bien hecho.

CIUDADANO SEGUNDO:

Ya era hora.

NIÑO:

Mamá, ¿por qué es malo mirar cómo le zurren?

TODOS:

Chitsss.

(Las amigas de Elsa están en el tejado.)

PRIMERA AMIGA:

La querra dura ya diez minutos. No sé qué hace ese Lanzarote que no se rinde.

AMIGA SEGUNDA:

Debería saber que es imposible vencer al Dragón.

AMIGA TERCERA:

Se ha empeñado en hacernos sufrir.

AMIGA PRIMERA:

He ovidado los guantes en casa de Elsa. Pero ya todo me da lo mismo. Esta guerra ha hecho que no tenga apego por nada.

AMIGA SEGUNDA:

También yo me he vuelto completamente insensible. Elsa quería regalarme unos zapatos nuevos, y ni me acuerdo de ellos.

AMIGA TERCERA:

Si no fuera por ese forastero, hace tiempo que el Dragón se habría llevado a Elsa, y nosotras a estas horas estaríamos llorando tranquilamente en casa.

VENDEDOR AMBULANTE:

(Susurra como antes.) ¡Vean, señores, vean! ¡El valioso instrumento científico llamado espejuelo. Miras hacia abajo y ves el cielo! Por poco dinero tendrán al Dragón a sus pies.

(Todos ríen por lo bajo.)

CIUDADANO PRIMERO:

¡Qué escándalo! ¡Ja, ja, ja!

CIUDADANO SEGUNDO:

¡Lo tendrás a tus pies! Espera sentado.

(La gente compra los espejos. Todos miran en ellos, formando grupos. El fragor del combate se hace más estruendoso.)

CIUDADANA PRIMERA:

¡Es terrible!

CIUDADANA SEGUNDO:

¡Pobre Dragón!

CIUDADANA PRIMERA:

Ya no escupe llamas.

CIUDADANA SEGUNDA:

Sólo echa humo.

CIUDADANO PRIMERO:

¡Qué maniobras más raras!

CIUDADANO SEGUNDO:

Tengo la impresión...; no, nada, más vale callarse.

CIUDADANO PRIMERO:

No entiendo nada.

ENRIQUE:

Ciudadanos: escuchad el primer parte de la Alcaldía. El combate toca a su fin. El enemigo tiene la lanza rota y ha perdido la espada. En la alformbra voladora ha aparecido la polilla que con inusitada rapidez destruye las fuerzas aéreas enemigas. El enemigo, muy alejado de sus bases, no puede conseguir naftalina y mata las polillas a manotazos, lo que le resta capacidad de maniobra. Sólo por su amor a la guerra no ha acabado todavía el Dragón con su enemigo. Aún no se ha saturado de hazañas y no se cansa de admirarse de su propia valentía.

CIUDADANO PRIMERO:

Ahora ya lo entiende todo.

NIÑO:

Fíjate, mamá; ahora va en serio. Le ha sacudido un mandoble en el pescuezo.

CIUDADANO PRIMERO:

Niño, El Dragón tiene tres pescuezos.

NIÑO:

Ahora le arrearon un mantriple.

CIUDADANO PRIMERO:

Niño, es una ilusión óptica.

NIÑO:

Sí, sí, una ilusión... ¡Como si no me hubiera peleado yo nunca, y no supiera lo que es dar y lo que es recibir! ¡Toma!

CIUDADANO PRIMERO:

¡Llévense a este crío!

CIUDADANO SEGUNDO:

No lo creo, no doy crédito a mis ojos. ¡Un oculista, que venga un oculista!

CIUDADANO PRIMERO:

¡Va a caer aquí!

JARDINERO:

¡No podré soportarlo!

CIUDADANO PRIMERO:

¡No me tapen, señores! ¡Déjenme ver!

(Una de las cabezas del Dragón cae con estrépito a la plaza.)

- ALCALDE: ¡Un parte de guerra! ¡Media vida por un parte!
- ENRIQUE: Escuchad el segundo parte de la Alcaldía. Lanzarote, extenuado, lo ha perdido todo, y ha caído parcialmente prisionero.
- NIÑO: ¿Qué quiere decir parcialmente?
- ENRIQUE: Lo que oyes. Es secreto militar. El resto de su cuerpo se bate en completo desorden; además, el señor Dragón licenció por enfermedad a una de sus cabezas, que pasa a la situación de reserva pasiva.
- NIÑO: Sigo sin entenderlo...
- CIUDADANO PRIMERO: ¿Tan difícil es entenderlo? ¿Se te ha caído algún diente?
- NIÑO: Sí.
- CIUDADANO PRIMERO: A eso voy; y sigues viviendo, ¿verdad?
- NIÑO: Pero la cabeza no se me ha caído nunca.
- CIUDADANO PRIMERO: Eso no quiere decir nana. Algún día te puede suceder.
- ENRIQUE: Escuchad un resumen de los últimos acontecimientos. Se titula: ¿Por qué dos son más que tres? Dos cabezas están asentadas en en dos cuellos, y dos y dos son cuatro. Además, estas dos cabezas están inexpugnablemente asentadas. (Cae con gran estruendo, en la plaza, la segunda cabeza del Dragón.) Por razones técnicas se suspende la emisión de este comunicado. (Enrique coge inmediatamente otro papel.) Escuchad el siguiente parte: Las hostilidades transcurren de acuerdo con los planes previstos por el señor Dragón.
- CIUDADANO SEGUNDO: ¿Y eso es todo?
- ENRIQUE: Por ahora, todo.
- CIUDADANO SEGUNDO: He perdido las dos terceras partes de mi respeto por el Dragón.
- CIUDADANO PRIMERO: Señor Carlomagno, amigo mío, ¿por qué está ahí tan solo?
- CIUDADANO SEGUNDO: Venga aquí; venga aquí con nosotros.
- CIUDADANO PRIMERO: ¿Cómo es que la guardia no le deja ver a su hija única? ¡Es una canallada!
- CIUDADANO SEGUNDO: Vamos, hombre, diga algo.
- CIUDADANO PRIMERO: ¿No estará enfadado con nosotros?
- CALOMAGNO: No, pero estoy un poco desconcertado. Antes no me reconocían sinceramente, y ahora sinceramente se alegran de verme.
- JANDINERO: ¿Por qué piensa tanto, señor Carlomagno? Es demasiado horrible. ¡Cuánto tiempo he perdido lamiéndole la pata a ese monstruo monocéfalo! ¡Cuántas flores hubiera podido cultivar!
- ENRIQUE: Escuchad un resumen de los acontecimientos.

JARDINERO:

Déjanos en paz, pesado.

ENRIQUE:

Eso es imposible. Estamos en guerra y hay que aguantarse. Bueno, empieza. Hay un solo Dios, como hay una sola luna, un único sol y una única cabeza sobre los hombros de nuestro señor. Tener una sola cabeza es humano en el sentido más sublime de la palabra. Además, es muy útil desde el punto de vista militar; se reduce considerablemente el frente. Defender una cabeza es tres veces más fácil que defender tres.

(La tercera cabeza del Dragón cae con estrépito a la plaza. Estalla el giterío. Todo el mundo comienza a hablar a voz en grito.)

CIUDADANO PRIMERO:

¡Muera el Dragón!

CIUDADANO SEGUNDO:

Nos venía engañando desde pequeños.

CIUDADANO PRIMERO:

¡Qué bien! Ya podemos no hacer caso a nadie.

CIUDADANA PRIMERA:

Estoy como borracha de felicidad.

NIÑO:

Mamá, ahora no habrá clases. ¡Viva!

VENDEDOR AMBULANTE:

Compren, señores; compren la última novedad en juguetes: "El Dragón descabezado". Se tira de aquí, ¡zas!, y adiós la cabeza del fanteche Dra-dra.

(Ríen todos a carcajadas.)

JARDINERO:

"El Dragón descabezado". ¡Qué ingenioso!

CIUDADANO PRIMERO:

"El fanteche Dra-dra". ¡Muy divertido!

CIUDADANA PRIMERA:

Fanteche será por lo de...

CIUDADANO SEGUNDO:

Sí, claro.

JARDINERO:

Parecía tan poderoso y sólo era fachada. No lo sostenía más que el miedo.

CIUDADANA SEGUNDA:

¡Muera el fanteche Dra-dra!

CIUDADANO SEGUNDO:

¡Ya somos libres!

(Suenan los clarines.)

ENRIQUE:

Escuchad el parte.

JARDINERO:

¡Cállate!

CIUDADANA PRIMERA:

Si queremos gritar, gritaremos.

CIUDADANA SEGUNDA:

Y si queremos ladrar, ladraremos.

CIUDADANO SEGUNDO:

¡Ya somos libres!

CIUDADANO PRIMERO:

¡Muera el fanteche Dra-dra!

ALCALDE:

Guardias (Aparecen dos guardias en la plaza. El Alcalde le dice a Enrique algo en voz baja.) Habla. Comienza con amabilidad, y después descargas el golpe. ¡Atención!

(Todos quedan en silencio.)

ENRIQUE:

(Con mucha suavidad.) Os pido que escuchéis el parte. En los frentes, por así decirlo, no ha pasado nada. Todo marcha a pedir de boca. El Ayuntamiento declara el estado de emergencia. Se cortará la cabeza a todos aquellos que difundan mentiras. ¿Entendido?

A casa todo el mundo. Guardia, despeje la plaza. (La plaza queda vacía. Al Alcalde.) ¿Qué me dices del espectáculo?

ALCALDE:

Calla, hijito.

ENRIQUE:

¿De qué te ríes?

ALCALDE:

Calla, hijito.

(Se oye un golpe sordo y recio que estremece la tierra. Es el cuerpo del Dragón. Ha caído detrás del molino.)

PRIMERA CABEZA DEL DRAGON:

¡Lacayo!

ENRIQUE:

¿Por qué te frota las manos, papá?

ALCALDE:

¡Ay hijito! Es que el poder acaba de cenirnos justamente a las manos.

SEGUNDA CABEZA DEL DRAGON:

Alcalde, dame agua. Alcalde.

ALCALDE:

Enrique, todo marcha estupendamente. El difunto los había dominado de tal modo, que obedecerán a quien tenga las riendas sujetas.

ENRIQUE:

Sin embargo, hace un momento en la plaza...

ALCALDE:

¡Ah!, eso no tiene importancia. El perro, cuando lo desatas, salta como un loco, pero en cuanto le enseñas el látigo, él solo vuelve a su caseta.

TERCERA CABEZA DEL DRAGON:

Lacayo, ven aquí. Me muero.

ENRIQUE:

¿No tienes miedo de Lanzarote?

ALCALDE:

No, hijo. ¿Te figuras que ha sido fácil matar al Dragón? Probablemente, Lanzarote yace sin fuerzas sobre su alfombra voladora, mientras el viento le arrastra cada vez más lejos de nuestra ciudad.

ENRIQUE:

¿Y si de pronto vuelve?

ALCALDE:

Será fácil deshacerse de él. Te aseguro que estará en las últimas. Nuestro entrañable difunto, todo hay que decirlo, sabía combatir. Vamos a preparar las primeras disposiciones. Lo principal es actuar como si aquí no hubiera pasado nada.

PRIMERA CABEZA DEL DRAGON:

¡Lacayo! ¡Alcalde!

ALCALDE:

Vamos, vamos; no hay tiempo que perder.

(Salen ambos.)

PRIMERA CABEZA DEL DRAGON:

Pero ¿quién me mandaría darle con la segunda pata izquierda? Tenía que haberle dado con la segunda derecha.

SEGUNDA CABEZA DEL DRAGON:

¡Eh, vosotros! Tú, Miller: tú que me besabas la cola al saludarme... Eh, Friedrichsen: la pipa con tres boquillas que me regalaste decía: "Tuyo para la eternidad." Ana María Federica Weber, ¿dónde estás? Decías que estabas enamorada de mi, y llevabas en tu pecho un saquito de terciopelo con un trozo de mi garra. Eramos amigos desde la más remota antigüedad. ¿Dónde os habéis metido? Dadme agua. Ahí está el pozo. No os pido tanto. Un trago..., medio trago. Aunque sólo sea mojarme los labios.

PRIMERA CABEZA DEL DRAGON: ¡Ah, si pudiera empezar de nuevo! Os aplastaría a todos.

SEGUNDA CABEZA DEL DRAGON: aplastaría a todos.
¡Que alguien me dé una gota de agua!

TERCERA CABEZA DEL DRAGON: Aunque no hubiera sido más que uno, debí haber diseñado un ser fiel. Pero el material no daba más de sí.

SEGUNDA CABEZA DEL DRAGON: Silencio. Siento alguien a mi lado. Dame agua.

VOZ DE LANZAROTE: No puedo.

(En la plaza aparece Lanzarote. Está de pie sobre la alfombra voladora, apoyándose en la espada torcida y mellada. En la mano lleva el gorro invisible. A sus pies tiene el instrumento musical.)

PRIMERA CABEZA DEL DRAGON: Has vencido por casualidad. Si te llego a dar con la segunda derecha..

SEGUNDA CABEZA DEL DRAGON: Bueno, adiós.

TERCERA CABEZA DEL DRAGON: Lo que me consuela es que te dejen mentes retorcidas, mentes agujereadas, mentes muertas... En fin, adi adiós.

SEGUNDA CABEZA DEL DRAGON: A mi lado sólo hay un hombre: el que me mató. Así se acabó la vida.

LAS TRES CABEZAS DEL DRAGON: (A coro.) Así se acabó la vida. ¡Adiós! (Mueren.)

LANZAROTE: Están las tres muertas, pero yo me siento muy mal. Las manos no me obedecen, casi no veo. Tengo la sensación de que alguien me llama sin cesar: "Lanzarote, Lanzarote." Es un voz conocida y triste. No deseo acudir, pero me parece que esta vez tendré que hacerlo. ¿Qué dices tú, me muero o no? (El instrumento musical responde.) Para ti todo resulta digno y sublime. Pero estoy mal de verdad; estoy herido de muerte. Espera, espera un poco... El Dragón está muerto, y yo respiro un poco mejor. Elsa lo ha vencido. Elsa, ya no te veré nunca más. No me sonreirás, no me besarás, no me preguntarás: ¿Qué te parece, Lanzarote? ¿Por qué estás triste? ¿Por qué sientes mareos? ¿Por qué te duelen los hombros? ¿Quién te llama con tanta insistencia? Elsa, es la muerte quien me llama. Me muero. Es muy triste, ¿verdad? (El instrumento musical responde.) ¡Qué lástima! ¡Todos se ha escondido! Como si el triunfo fuera una desgracia. Espera un poco, muerte. Tú ya me conoces. En más de una ocasión te di la cara y no me oculté. Te oigo. Quiero reflexionar, eso es todo. Todos se han escondido. Bien. Ahora, en sus casas, la gente irá recobrando poco a poco sus ánimos. Sus mentes se liberan. Pensarán: ¿cómo es posible que hayamos estado cebando y cuidando a un monstruo? Por nosotros muere ahora en la plaza un

hombre solo. Pero desde ahora seremos más sabios. Menudo combate se entabló en el cielo a costa nuestra. Mira con qué dificultad respira el pobre Lanzarote. No; nunca más. Por nuestras debilidades han perecido los más fuertes, los más bondadosos, los más impacientes. Hasta las piedras hubieran escarmentado. Pero nosotros somos hombres al fin y al cabo. Eso es lo que se habla ahora en cada casa, en cada cuarto. ¿No es así? (El instrumento musical responde.) Sí, así es. Muero, pero no en vano. Adiós. Elsa. Sabía que te iba a querer toda la vida, pero no creí que la vida acabaría tan pronto para mí. Adiós, ciudad. Adiós, día y atardecer... Ya llega la noche. La muerte me llama me apremia... Las ideas se confunden. No tengáis miedo. Hay que proteger a las viudas y a los huérfanos; hay que ayudarse los unos a los otros. No tengáis miedo. Uníos contra el espíritu del Dragón, y seréis felices. Os doy mi palabra de que es verdad, la pura verdad, la más pura de las verdades del mundo. Esto es todo lo que quería deciros. Adiós... Adiós... (El instrumento musical responde.)*

(Telón.)

* Se oye a lo lejos una canción:

"Nadie le tema a la fiera
Que la fiera ya murió,
Que al volver una esquina
Un valiente la mató."

ACTO CUARTO

(Sala lujosa en el palacio del Alcalde. Al fondo, puertas a ambos lados. Las mesas están dispuestas formando un semicírculo. Ante ellas, en el centro, otra más pequeña sobre la cual hay un libro grande con pastas doradas. En el escenario se oye una orquesta. Un grupo de ciudadanos, apilados, mira hacia la puerta, ensayando algo. Enrique les observa.)

CIUDADANOS:

(En voz baja.) Una, dos y tres.
(En voz alta.) ¡Viva el vencedor del Dragón!
(En voz baja.) Una, dos y tres.
(En voz alta.) ¡Viva nuestro libertador!
(En voz baja.) Una, dos y tres.
(En voz alta.) ¡Reventamos de felicidad!
(En voz baja.) Una, dos y tres.
(En voz alta.) ¡Ya oímos sus pasos!
(En voz alta, y con aire de repetición monótona.) ¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

CIUDADANO PRIMERO:

Glorioso libertador nuestro: hace justamente un año que aniquilaste a este Dragón maldito, asqueroso e hijo de perra.

CIUDADANOS:

¡Viva! ¡Viva! ¡Viva!

CIUDADANO PRIMERO:

Desde entonces vivimos muy bien. La paz...

ENRIQUE:

Un momento, un momento. Tiene que acentuar el "muy".

CIUDADANOS:

(En voz baja. Una, dos y tres. (En voz alta.) ¡Viva el vencedor del Dragón! (En voz baja.) Una, dos y tres. (En voz alta.) ¡Viva nuestro liberador!...

(Entra el Jefe de carceleros.)

ALCALDE:

Alto, alto. Hola, carcelero.

CARCELERO:

Buenos días, Excelencia.

ALCALDE:

(A los Ciudadanos.) Gracias, señores. Ya sé todo lo que iban a decirme. ¡Leñe!, una lágrima furtiva. (Se seca la lágrima.) Tenéis que comprenderlo, me caso esta tarde, y aún tenemos pendientes varios asuntillos. Marchaos, y volved después a la boda. Nos divertiremos. Se acabaron las pesadillas. Esto es vivir, ¿verdad?

CIUDADANOS:

¡Viva nuestro libertador!

ALCALDE:

Efectivamente, Ya no existe la sumisión; nos hemos regenerado. ¿Os acordáis quién era yo bajo el régimen del maldito Dragón? Un enfermo, un loco. ¿Y ahora? Estoy como un reloj. De vosotros, no hablo. Vosotros siempre estáis alegres y felices, como pajaritos. Y, shora, a volar; venga, rápido... Enrique, acompaña los.

(Salen los ciudadanos.)

ALCALDE:

Bueno, ¿qué pasa en la cárcel?

CARCELERO:

Está llena.

ALCALDE:

¿Y mi ex-sustituto?

CARCELERO:

Sufre.

ALCALDE:

¡Ja, ja! ¿No me mientes?

CARCELERO:

Se lo juro.

ALCALDE:

Pero dime cómo...

CARCELERO:

Está que se sube por las paredes.

ALCALDE:

¡Ja, ja!... Le está bien empleado. Es un tipo asqueroso. Cuando contaba un chiste, todos se reían menos él; él se acariciaba la barba como diciendo que, de tan viejo, le habían salido pelos. Ahora que se pudra metido en el chopano. ¿Le enseñaste mi retrato?

CARCELERO:

No faltaba más.

ALCALDE:

¿Cuál? ¿Ese en el que estoy tan sonriente?

CARCELERO:

El mismo.

ALCALDE:

¿Y él qué hizo?

CARCELERO:

Se echó a llorar.

ALCALDE:

No me mientas.

CARCELERO:

Le juro que lloró.

ALCALDE: ¡Ja, ja! Así da gusto. Bueno, ¿y los tejedores que le proporcionaron a ese la alfombra voladora?

CARCELERO: Me traen de cabeza. Los tengo en celdas aisladas, pero actúan como un solo hombre. Lo que declara uno, lo repite el otro.

ALCALDE: ¡Habrán adelgazado!

CARCELERO: ¡Qué va! Conmigo la gente se queda flaca de tripa, pero hinchada de cara.

ALCALDE: ¿Y el Herrero?

CARCELERO: Volvió a serrar las rejas. Tuvimos que ponerle barrotes de diamante.

ALCALDE: Bien hecho. No repares en gastos. ¿Y él qué dijo?

CARCELERO: Se quedó perplejo.

ALCALDE: ¡Ja, ja! Da gusto oírlo.

CARCELERO: El sombrerero hizo unos gorros, a los ratones y los gatos no los tocan.

ALCALDE: ¿En serio? ¿Por qué?

CARCELERO: Se quedan extasiados, viéndolos. El músico con sus canciones desgarró el alma. Para entrar en su celda me tapo los oídos con cera. También tienen lo suyo.

ALCALDE: Bien, bien. ¿Y qué pasa en la ciudad?

CARCELERO: Toda está en calma, pero escriben

ALCALDE: ¿Qué escribe?

CARCELERO: Escriben la letra "L" en las paredes. Es la "L" de Lanzarote.

ALCALDE: ¡Tonterías! Esa "L" significa: "Loor, gloria, prosperidad y felicidad para nuestro bienamado Prèsidente."

CARCELERO: Entonces, ¿no detengo a los que pintan?

ALCALDE: Hombre, ¿y por qué no ibas a detenerlos? ¿Qué más escribe?

CARCELERO: Casi me da vergüenza repetirlo. "El Prèsidente es una bestia"... "Su hijo es un sinvergüenza"... Y cosas aún peores. Pero lo que más pintan es la letra "L".

ALCALDE: Imbéciles. ¿Qué falta les hará ese Lanzarote? ¿Ha confesado alguno de esos dónde está?

CARCELERO: Nadie. Ha desaparecido.

ALCALDE: ¿Tomaste declaración a los pájaros?

CARCELERO: Sí.

ALCALDE: ¿A todos?

CARCELERO: A todos. Fue un interrogatorio duro. Miere qué señal me dejó el águila. Tres se nos acabaron antes de firmar la declaración.

ALCALDE: ¿Y qué contestan?

CARCELERO: Que no, que no han visto a Lanzarote. El único que responde afirmativamente es el loro. Le pregunto: ¿Está aquí? y él me responde: Está aquí. Le pregunto: ¿Lanzarote?, y me responde: Lanzarote. Bueno, ya sabe qué clase de pájaro es el loro.

ALCALDE: ¿Y la serpientes?

CARCELERO: Esas, si supieran algo, serían las primeras en arrastrarse hasta aquí. Esas son de las nuestras. Además, son parientes del difunto Dragón. Pero no se arrastran.

ALCALDE: ¿Y los peces?

CARCELERO: No abren la boca.

ALCALDE: A lo mejor saben algo.

CARCELERO: No, los ictiólogos les han mirado a los ojos, y dicen que no saben nada. En fin, no hay ni rastro de ese Lanzarote, o Jorge, o Perseo, porque el granuja se llama en cada país como le conviene.

ALCALDE: Pues que le den morcilla.

(Entra Enrique.)

ENRIQUE: Acaba de llegar el archivero señor Carlomagno, padre de la feliz novia.

ALCALDE: Perfecto, es quien me hacía falta. Que pase. (Entra Carlomagno.) Mi querido Jefe de Carceleros, ya puede marcharse. Prosiga su labor, y no repare en los medios. Estoy contento de usted.

CARCELERO: Ponemos los cinco sentidos.

ALCALDE: Siga así. Carlomagno, ¿conoce usted a nuestro Jefe de Carceleros?

CARLOMAGNO: Muy, poco, señor Presidente.

ALCALDE: Bueno, eso no importa. Quizá se le presente la ocasión de conocerle mejor.

CARCELERO: ¿Me lo llevo?

ALCALDE: No; hombre, no ¡Pobre amigo mío! Anda, vete; hasta la vista. (Sale el Carcelero.) Y bien, Carlomagno, ¿por supuesto, usted ya sabrá para qué le hemos llamado? ¿No es cierto? Los deberes del Estado, las preocupaciones, esto y lo otro, me impidieron ir a su casa personalmente. Pero usted y Elsa estarán enterados por los bandos repartidos por toda la ciudad de que la boda es hoy.

CARLOMAGNO: Sí, lo sabemos, señor Presidente.

ALCALDE: Los hombres de estado como yo no tenemos tiempo para ir pidiendo la mano con flores, con suspiros y cosas por el estilo. No pedimos, ordenamos. ¡Ja, ja!, es muy cómodo. ¿Elsa es feliz?

CARLOMAGNO: No.

ALCALDE: ¿Qué me dice, amigo mío...? Claro que es feliz. Y ¿usted, Carlomagno?

CARLOMAGNO: Yo estoy desesperado, señor Presidente.

ALCALDE: ¡Qué desagradecido! Yo maté al Dragón y ahora...

CARLOMAGNO: Perdone, pero no puedo creerlo.

ALCALDE: Sí puede.

CARLOMAGNO: Le juro que no.

ALCALDE: Claro que puede, claro que puede. Si yo lo creo, con más razón debe crérselo usted.

CARLOMAGNO: En absoluto.

ENRIQUE: Eso es que no quiere.

ALCALDE: Pero ¿por qué?

ENRIQUE: Se hace valer.

ALCALDE: Es posible. Carlomagno, le ofrezco el cargo de Secretario de la Presidencia.

CARLOMAGNO: No. No lo acepto.

ALCALDE: Bobadas. ¿Cómo no lo va a querer?

CARLOMAGNO: No.

ALCALDE: No regatee, no tenemos tiempo. Le ofrezco un piso de protección oficial, junto al parque, con ciento cincuenta y tres habitaciones, todas orientadas al sur. Un sueldo fabuloso. Además, todos los días percibirá dietas por desplazarse, por ir deprisa, por dormir la siesta, etcétera. Se hará casi tan rico como yo. ¿Está de acuerdo?

CARLOMAGNO: No.

ALCALDE: Pero ¿qué más quiere?

CARLOMAGNO: Sólo queremos que nos deje en paz, señor Presidente.

ALCALDE: Es muy bonito eso de que nos deje en paz. ¿Y si no me da la gana? Además, este asunto se fundamenta en la necesidades del Estado. El vencedor del Dragón se casa con la muchacha a quien salvó. Es muy convincente, y usted no lo quiere comprender.

CARLOMAGNO:

¿Por qué nos hace sufrir? He aprendido a pensar, lo que ya de por sí es un tormento; y por si fuera poco, la boda. Es para volverse loco.

ALCALDE:

No lo conseguirá. Las enfermedades psíquicas son un camelo. Patrañas.

CARLOMAGNO:

¡Dios mío! ¡Qué indefensos estamos! Nuestra ciudad vive en la misma calma y sumisión que antes, aletargada en su aparente paz; es terrible.

ALCALDE:

¿Qué disparates está diciendo? ¿Por qué es terrible todo eso? ¿O es que usted y su hija han decidido rebelarse?

CARLOMAGNO:

No. Hoy hemos dado un paseo por el bosque para ponernos de acuerdo. Mañana, cuando ella deje de existir, yo también moriré.

ALCALDE:

¿Cuando deje de existir? ¿Qué tonterías son ésas?

CARLOMAGNO:

Elsa no sobrevivirá a la boda.

ALCALDE:

¡Pues claro que sí! Será una fiesta hermosa y alegre. Ya quisieran otros casar a su hija con un rico.

ENRIQUE:

El también está contento.

CARLOMAGNO:

No. Soy un hombre viejo y educado, y me es difícil decírselo a la cara. Pero lo diré: esta boda es nuestra desdicha.

ENRIQUE:

¡Qué forma más agotadora de regatear!

ALCALDE:

Oiga, amigo, no obtendrá ni un céntimo más de lo ofrecido. ¿Quiere acciones en nuestras empresas? Pues, de eso, nada. Todo lo que el Dragón nos robaba descaradamente está hoy en manos de los ciudadanos más respetables de la ciudad. Es decir, más concretamente, en las mías y, en parte, en las de Enrique. Es totalmente legal. De ese dinero no le daré ni un céntimo.

CARLOMAGNO:

Déjeme marchar, señor Presidente.

ALCALDE:

Váyase, pero recuerde esto. Primero: en la boda haga el favor de parecer alegre, optimista y ocurrente. Segundo: nada de muertes. Esfuércese por vivir todo el tiempo que yo quiera. Esto, comuníquesele a su hija. Tercero: en lo sucesivo, llámeme "Excellencia". ¿Ve esta lista? Ha en ella cincuenta nombres, sus mejores amigos. Si se empecina, desaparecerán los cincuenta sin dejar rastro. Ahora, váyase. Enviaré en seguida un carruaje a su casa para que traiga a su hija Y cuidadito. ¿Entendido? ¡Váyase!

(Sale Carlomagno.)

ALCALDE:

Todo marcha a pedir de boca.

ENRIQUE:

¿Qué informe hizo el Jefe de carceles los?

ALCALDE: El cielo está despejado.

ENRIQUE: ¿Y la letra "L"?

ALCALDE: ¡Pues no pintaron letras en las paredes en vida del Dragón! ¡Que pinten! Eso les conforta y a nosotros no nos hace daño. Mira a ver si está libre ese sillón.

ENRIQUE: (Palpa la butaca.) Pero, papá, aquí no hay nadie. Puedes sentarte.

ALCALDE: Haz el favor de no reírte. Ese..., con su gorro invisible, es capaz de meterse en todas partes.

ENRIQUE: No conoces a ese hombre, papá. Está atiborrado de prejuicios. Con su dichosa cortesía, se quitará el gorro antes de entrar en el palacio, y entonces la guardia le echará el guante.

ALCALDE: A lo mejor en un año se le ha estropeado el carácter. (Se sienta. Transición.) Bueno, hijito, pasemos ahora a nuestros asuntos. Estás en deuda conmigo.

ENRIQUE: ¿De qué deuda me habbas?

ALCALDE: Has sobornado a tres lacayos para que me espíen y lean mis papeles, controlen mis cartas, etc. ¿Es verdad, o no?

ENRIQUE: ¡Cómo puedes pensar eso, papá!

ALCALDE: Hijo, no me interrumpas. La jugada te salió mal, porque yo les di quinientas coronas de mi bolsillo para que te comuniquen tan sólo los datos que yo les proporciono. Así que me debes quinientas coronas, muchacho.

ENRIQUE: De ningún modo. Me enteraré del asunto y les subí a seiscientas.

ALCALDE: Pero yo lo intuí y les di mil, so cerdo. Así que el saldo me es favorable. Y que no se te ocurra aumentarles más, amiguito. Con esos jornales se han puesto como cebones, se han pervertido, se han bestializado. El día menos pensado se tiran a morder a los de casa. Otra cosa; tenemos que ayudar a mi secretario particular. Al pobre hubo que mandarlo al manicomio.

ENRIQUE: ¿Qué le pasa?

ALCALDE: Entre tú y yo le compramos y recomparamos tantas veces al día, que ya no sabe para quién trabaja. Imagínate que me ha denunciado ante mí mismo. Anda conspirando contra él para ocupar su propio puesto. Es un chico honrado y trabajador, y da pena verle sufrir. Mañana iremos al manicomio tú y yo para aclarar de una vez para quién de los dos trabaja. Este hijito mío... ¡sólo tiene ganas de ocupar el sitio de su papá!

ENRIQUE: ¡Qué cosas tienes, papá!

ALCALDE:

No importa, muchacho. Son cosas de la vida. Hagamos un trato: espiémonos el uno al otro directamente, en familia, entre padre e hijo, sin intermediarios. Imagínate el dinero que nos podemos ahorrar.

ENRIQUE:

¡Qué importa el dinero!

ALCALDE:

Y que lo digas. Cuando te mueras no te lo podrás llevar contigo... (Se oyen cascos de caballos y ruido de casca- beles. El Alcalde se asoma a la ven- tana.) Ya llega. Ya llega la hermo- sa Elsa, en la maravillosa carroza recubierta con las escamas del Dragón. Y Elsa. La maravilla de las maravilla Toda recubierta de terciopelo. No, el poder no es mala cosa... (Susurra a Enrique.) Interrógala.

ENRIQUE:

¿A quién?

ALCALDE:

A Elsa. Estos últimos días no habla casi. A ver si sabe dónde está ese... (Mira a su alrededor.) Lanzarote. Interrógala con habilidad. Yo escu- charé desde aquí. (El Alcalde se oculta detrás de una cortina. (Entran Elsa y Carlomagno.)

ENRIQUE:

Buenas tardes, Elsa. Cada día estás más bonita, lo que no deja de ser un buen detalle por tu parte. El Presi- dente se está cambiando de traje y ruega que le disculpes. Siéntate en esta silla, Elsa.

(Elsa queda sentada de espaldas a la cortina en que se oculta el Alcalde.)

Espere en la antesala, señor Carlo- magno. (Carlomagno se retira con una reverencia.) Elsa, me alegro de que el Presidente se esté poniendo su traje de gala. Hace tiempo que quería hablarte a solas, como a una amiga, con el corazón en la mano. ¿Por qué te callas? ¿No quieres responderme? Yo te tengo afecto, a mi manera. Dime algo.

ELSA:

¿El qué?

ENRIQUE:

Lo que tú quieras.

ELSA:

No sé... No quiero decir nada.

ENRIQUE:

No puede ser. Hoy es tu boda... ¡Ay! Elsa... Otra vez tengo que perderte. Pero el vencedor del Dragón es el vencedor. Soy un cínico, ya lo sé; un conformista, pero acato sumiso sus decisiones. ¿No me escuchas?

ELSA:

No.

ENRIQUE:

¡Ay!, Elsa, ¿acaso ya no soy nada para ti? Tan amigos como éramos de niños. ¿Recuerdas? Cuando estuviste enferma de sarampión, yo me senté al pie de tu ventana hasta que me contagié. Y tú venías a visitarme porque me veías manso y tímido. ¿Recuerdas?

- ELSA: Claro que me acuerdo.
- ENRIQUE: ¿Habrán muerto los niños que se tenían aquella amistad? ¿No ha quedado en tinna de todo aquello? Hablemos como antes, como hermanos.
- ELSA: Está bien, hablemos. (El Alcalde se asoma y aplaude sin ruido a Enrique.) ¿Quieres saber por qué siempre permanezco callada? (El Alcalde hace señales afirmativas con la cabeza.) Porque tengo miedo.
- ENRIQUE: ¿A quién?
- ELSA: A la gente.
- ENRIQUE: ¡Vaya! Dime concretamente quiénes son a los que tienes miedo. Les metemos en la cárcel y pronto te sentirás tranquila. (El Alcalde saca un cuaderno de notas.) Dame nombres.
- ELSA: No, Enrique, eso no resolvería nada.
- ENRIQUE: ¡Vaya si resolvería! Lo tengo comprobado. Se duerme mejor, se tiene mejor apetito y humor.
- ELSA: Es que... es difícil explicarlo... Tengo miedo de todos.
- ENRIQUE: ¡Ah!... Ya te entiendo. Lo entiendo perfectamente. Todos, y yo en particular, te parecemos crueles, ¿verdad? No sé si me creerás, pero... yo también temo. Temo a mi padre... (El Alcalde extiende las manos en señal de perplejidad.) Temo a nuestro fieles criados. Y me hago el cruel para que me tengan miedo. Hemos quedado atrapados en nuestra propia telaraña. Sigue, sigue contando.
- (El Alcalde, con mirada comprensiva, aprueba con la cabeza.)
- ELSA: ¿Qué más te puedo decir?... Al principio me enfadaba, después sufría y al final todo se me hizo indiferente. Ahora soy más sumisa que nunca. Pueden hacer conmigo lo que quieran. (El Alcalde suelta una risita en voz alta. Asustado, se oculta tras la cortina. Elsa mira a su alrededor.) ¿Quién está ahí?
- ENRIQUE: No hagas caso. Están ahí fuera preparando el banquete de bodas. ¡Pobrecita, hermana mía! Lástima que haya desaparecido Lanzarote sin dejar huellas. Sólo ahora le comprendo. Es un hombre extraordinario. Todos somos culpables ante él. ¿No hay esperanzas de que vuelva?
- (El Alcalde aparece tras la cortina. Es todo oídos.)
- ELSA: El... él no volverá.
- ENRIQUE: No debes pensar así. No sé por qué, pero tengo la impresión de que cualquier día lo volveremos a ver.
- ELSA: No.

ENRIQUE:

Hazme caso a mí.

ELSA:

Me gusta que hables así, pero... ¿no nos oye nadie?

(El Alcalde se esconde detrás del sillón.)

ENRIQUE:

Claro que no, amiga mía. Hoy es día de fiesta. Todos los espías están de descanso.

ELSA:

Es que... Sé lo que le pasa a Lanzarote.

ENRIQUE:

Si te causa dolor no me lo digas.
(El Alcalde le amenaza con el puño.)

ELSA:

No. He permanecido tanto tiempo callada que quiero contártelo todo. Me parecía que nadie, sólo yo, era capaz de comprender lo triste de nuestra situación. Así es la ciudad donde nací. Pero tú me escuchas con tanta atención. En fin..., hace justamente un año, al terminar el combate, el gato corrió a la plaza del Palacio. Allí vio a Lanzarote pálido, pálido como la muerte, al lado de las cabezas muertas del Dragón. Estaba apoyado en su espada y sonreía para no disgustar al gato. El gato vino en busca de ayuda, pero la guardia que vigilaba la casa no le dejó entrar.

ENRIQUE:

¡Esa soldadesca canalla!

ELSA:

Entonces el gato llamó a un burro, cargaron al herido sobre sus lomos y lo sacaron de la ciudad por callejones solitarios.

ENRIQUE:

Pero ¿por qué se lo llevaron?

ELSA:

Lanzarote estaba tan débil que la gente hubiera podido matarle. Por caminos de herradura subieron a la montaña. El gato iba junto al herido para oír el latido de su corazón.

ENRIQUE:

¿Y seguía latiendo?...

ELSA:

Sí, pero cada vez más débil. Era ya de noche, cuando el gato dijo al burro que se detuviera. Habían subido a la cima de un monte, y a su alrededor había un silencio absoluto y hacía frío. Volvamos a casa, dijo el gato; la gente ya no puede hacerle daño. Que Elsa se despida de él, y lo enterraremos.

ENRIQUE:

Entonces, el pobre Lanzarote ha muerto.

ELSA:

Sí, Enrique; ha muerto. El burro no quiso ceder y siguió adelante. Pero el gato regresó. Tiene mucho apego a nuestra casa. Y me lo contó todo. Ya no espero a nadie. Todo ha terminado.

ALCALDE: ¡Hurra!. Todo ha terminado. (El Alcalde baila y da vueltas por la habitación.) Todo ha terminado. Ahora soy el señor absoluto de todos. Ya no tengo que temer a nadie. Gracias, Elsa. Esto sí que es una fiesta. ¡Quién se atreverá a decir que yo no maté al Dragón? ¿Quién se atreverá?

ELSA: ¿Nos estaba escuchando?

ENRIQUE: Pues claro

ELSA: ¿Y tú lo sabías?

ENRIQUE: Elsa, no te hagas la ingenua. Ya somos mayorcitos. Hoy, gracias a Dios, te casas.

ELSA: Papá, papá.

(Entra Carlomagno.)

CARLOMAGNO: ¿Qué te ocurre pequeña? (Va a abrazarla.)

ALCALDE: ¡Firmes! ¡Cuádrese ante mi novia!

CARLOMAGNO: (Cuádrándose.) Déjalo, tranquilízate. No llores. ¿Qué le vamos a hacer? No podemos hacer nada. ¿Qué le vamos a hacer?

(Suena la música.)

ALCALDE: (Se asoma a la ventana.) ¡Qué felicidad! Ya llegan los invitados a la boda. Traen los caballos enjaezados, y farolillos en las cabezas. ¡Qué estupendo es vivir en este mundo sabiendo que no hay imbécil que te lo impida! Sonríe, Elsa. En el segundo preciso, tal y como estaba dispuesto, el Presidente de la Ciudad Libre te estrechará personalmente entre sus brazos.

(Suena la música. Se abren las puertas y entran los invitados. Pasan en parejas, ante Elsa y el Alcalde. Hablan ceremoniosamente, casi susurran.)

CIUDADANO PRIMERO: Nuestras felicitaciones al novio y a la novia. Todos nos alegramos mucho.

CIUDADANO SEGUNDO: Las casas de la ciudad están adornadas con farolillos.

CIUDADANO PRIMERO: En la calle hay tanta luz que parece de día.

CIUDADANO SEGUNDO: Las tabernas están atiborradas de gente.

NIÑO: Y todos andan a trompazos y jurando.

TODOS: Chitsss.

JARDINERO: Permítanme regalarles una campanillas. Tienen un sonido un poco triste, pero no se preocupen; mañana estarán mus-tias y se calmarán.

AMIGA PRIMERA DE ELSA:

Elsa, querida, procura estar alegre. Si no, yo también romperé a llorar, y echaré a perder las pestañas. ¡Tan bien como me han quedado hoy!

AMIGA SEGUNDA DE ELSA:

Al fin y al cabo, es mejor que el Dragón. Tiene manos y pies, y una piel sin escamas.

AMIGA TERCERA DE ELSA:

Aunque sea Presidente, es un hombre. Mañana nos lo cuentas todo, ¿verdad? Será curiosísimo.

AMIGA PRIMERA DE ELSA:

En el futuro podrás hacer muchos favores a la gente. Tendrás influencia. Por ejemplo, podrías pedirle que despidiera del trabajo al jefe de mi papá. Mi papá ocuparía su puesto, cobraría el doble y seríamos muy felices.

ALCALDE:

(Cuenta a media voz el número de invitados.) Uno, dos, tres, cuatro... (Cuenta los cubiertos.) Uno, dos, tres..., vaya... Parece que sobra un invitado... Ah, es ese niño. Bueno, no llores. Comerás del plato de tu mamá. Ya estamos todos, señores; pasen a la mesa, por favor. Terminaremos la ceremonia nupcial de forma rápida y sencilla, y después iniciaremos el banquete de bodas. He conseguido un pescado que nació para ser comido. Ríe cuando lo cueces, y él mismo avisa al cocinero de que está a punto. También una pava rellena con sus propios pavitos; un plato muy familiar. Por último, cochinitos asados, criados y educados especialmente para nuestra mesa. Saben dar la pata, incluso al salir del horno. Niño, no llores, que les asustarás. ¡Ah!, y esto tiene mucha gracia: un vino que, de puro viejo, chochea y se agita en la botella como un niño. Un vodka tan puro que la botella parece vacía. Perdón, señores, pero está vacía de verdad. Esos canallas, lacayos, se la han bebido. No importa, en la bodega tenemos más. ¡Qué agradable es ser rico, señores! ¿Tienen todos asiento? Perfecto. Un momento, un momento, no empecéis a comer todavía; antes hay que casarse. Un momento, Elsa, dame la manita. (Elsa da la mano al Alcalde.) Pica-ruela, bribona. ¡Qué manita más caliente! Levanta esa cara. Sonríe. Enrique, ¿está todo preparado?

ENRIQUE:

Sí, señor Presidente.

ALCALDE:

Empecemos, pues.

ENRIQUE:

Señoras y señores, soy un mal orador y temo que mi discurso carezca de la lógica necesaria. (Aplausos. Carraspea.) Hace un año, un aventurero indigno retó al maldito Dragón. La Comisión Especial creada por la Asamblea Municipal ha llegado a las siguientes conclusiones: el extinto aventurero no hizo otra cosa que excitar al extinto monstruo, al que

infirió una herida cortante en la región supraescapular de pronóstico menos grave. Fue entonces cuando nuestro ex-alcalde, hoy Presidente de la Ciudad Libre, se lanzó heroicamente sobre el Dragón y lo mató de forma definitiva, realizando para ello una larga serie de proezas. (Aplausos.) La cizana de la abominable esclavitud ha sido extirpada de nuestro cuerpo social. Se ha iniciado desde entonces una era de paz, de progreso y de justicia social. (Aplausos.) La Ciudad, agradecida, ha dispuesto que si al maldito Dragón se le entregaban nuestras mejores hijas, no podemos regatear un derecho tan simple y natural a nuestro querido y bienamado salvador. (Aplausos.) Así, pues, para realzar la grandeza y altitud de miras de nuestro Presidente, por una parte, y la obediencia y fidelidad de la Ciudad, por otra, yo, como Alcalde, realizaré el acto nupcial. ¡Órgano: el himno de boda! (Suena el órgano.) Escribanos, abrid el libro de registro de los acontecimientos felices. (Entran los escribanos con enormes plumas en la mano.) Durante cuatrocientos años se registraron en este libro los nombres de las infelices muchachas sacrificadas al Dragón. Por vez primera, en la página cuatrocientas una, escribiremos el nombre de la dichosa y feliz muchacha a la que tomará por esposa el esforzado varón que aniquiló al monstruo. (Aplausos.)

ENRIQUE:

Novio, respóndeme con plenitud de conciencia: ¿Quieres a esta muchacha por por esposa?

ALCALDE:

Por el bien de nuestra querida ciudad estoy dispuesto a todo. (Aplausos.)

ENRIQUE:

Escríbbase. (Al escribano.) Ciudadano; si pones un borrón te lo hago lamer. Bien, esto se acabó. Perdón, queda una pregunta de trámite. Novia, tú, no faltaba más, quieres por esposo al señor Presiende de la Ciudad Libre. (Pausa.) Vamos, muchacha, responde. ¿Quieres?

ELSA:

No.

ENRIQUE:

Estupendo. Escriban: sí, quiere.

ELSA:

No escriban tal cosa.

ENRIQUE:

Escribanos, anotad: "El matrimonio queda realizado". Rápido, no os quedéis pasmados. (Los escribanos cogen las plumas. Suena un fuerte golpe a la puerta. Los escribanos se echan hacia atrás.) Elsa, no nos interrumpas.

ALCALDE:

Ella, querido, no molesta en absoluto. Cuando una muchacha dice "no", quiere decir "sí". Anotad...

ELSA:

No. Arrancaré esa página del libro y la pisotearé.

ALCALDE:

Bellos titubeos de muchachas virginales, lágrimas, sueños, esto y lo otro. Todas las muchachas, cada una a su manera, lloran antes de la boda, pero después quedan totalmente satisfechas. Anotad...

ELSA:

Yo también quiero hablar.

ENRIQUE:

¡Elsa!

ALCALDE:

No grites, hijito. Todo marcha como es debido. La novia pide la palabra. Concedámosela y que ello ponga fin a la ceremonia oficial. Déjale, déjale que hable. Estamos en familia.

ELSA:

Amigos míos, ¿por qué me matáis? Es terrible, es como una pesadilla. Cuando un bandido te amenaza con un puñal, aún puedes salvarte. Quizás mates al bandido o logres escapar. Pero ¿cuando el puñal del bandido se abalanza contra ti? ¿O cuando su soga reptaba sobre ti como una serpiente, amarrándote pies y manos? O, si el visillo de su ventana, un pacífico visillo, se arroja de pronto también sobre ti para amordazarte, ¿qué diríais entonces? Yo creía que vosotros sólo obedecíais al Dragón, como el puñal obedece al bandido. Y ahora, amigos míos, resulta que también vosotros sois bandidos. No os culpo; vosotros mismos no os dais cuenta, pero os pido que recobréis la razón. ¿O es que el Dragón no está muerto y se ha transformado en hombre, como antes hacía? Se ha transformado en muchos hombres que ahora me matan. ¡No me matéis! Despertad. Dios mío, ¡qué angustia!... Romped la telaraña en que estáis atrapados. ¿No hay nadie que salga en mi defensa?

NIÑO:

Yo saldría, pero mamá me tiene cogido por la mano.

ALCALDE:

Y eso es todo, señores. La novia ha concluido su intervención y la vida continúa como si tal cosa.

NIÑO:

¡Mamá!

ALCALDE:

¡Cállate, niño! Alegrémonos, que aquí no ha pasado nada. Basta de papeleo, Enrique. Escribe: "el matrimonio se considera válido", y vamos a cenar, que tengo un hambre feroz.

ELSA:

No, mi verdadero esposo va a llegar.

ENRIQUE:

Escribanos, escribid: "El matrimonio se considera realizado". Rápido; no os quedéis pasmados.

(Los escribanos cogen sus plumas. Se oye un fuerte golpe en la puerta. Los escribanos se echan hacia atrás.)

ALCALDE:

¿Quién es? (Silencio.) Quien quiera que sea que vuelva mañana, en horas de oficina y a través de mi secretario. Hoy no tengo tiempo. Estoy casándome. (Llaman otra vez.) ¡No abran! ¡Escribid! (La puerta se abre sola. Tras la puerta no hay nadie.) Enrique, ven aquí. ¿Qué significa esto?

ENRIQUE:

Las historias de siempre, papá. Las inocentes quejas de nuestra doncella han alborotado a toda esa inocente grey que puebla los ríos, bosques y lagos. El espíritu del hogar han bajado del desván, mientras el espíritu de las aguas ha subido del pozo.. ¿Qué más da? ¿Qué nos pueden hacer los seres invisibles? Son impotentes, como la llamada vergüenza y todas esas zarandajas. Todo lo más, tendremos un par de pesadillas.

ALCALDE:

Invisible... ¿No será él?

ENRIQUE:

¿Quién?

ALCALDE:

Lanzarote. Lleva el gorro invisible. Está aquí mismo. Escucha lo que decimos y espada pende sobre mi cabeza.

ENRIQUE:

Querido papá, si no te dominas, tendré que tomar el poder en mis manos. Música.

ELSA:

¡Cobardes! Tenéis miedo. El miedo es la causa de vuestra ceguera.

ALCALDE:

Queridos invitados, perdonad esta pequeña pausa, pero tengo verdadero pánico a las corrientes de aire. Una corriente de aire ha abierto la puerta eso es todo. (A Elsa, con contenida brutalidad.) Elsa, pequeña, tranquilízate. Doy el matrimonio por celebrado, lo que será corroborado posteriormente. ¿Qué pasa? ¿Quién es ese que corre?

(Entra un lacayo asustado.)

LACAYO:

Tómelo, tómelo.

ALCALDE:

¿Tome el qué?

LACAYO:

Su maldito dinero. Yo me largo de aquí.

ALCALDE:

¿Por qué?

LACAYO:

Me matará por lo que he hecho.

ALCALDE:

¿Quién te matará? ¡Eh, Enrique!

(Entra el segundo lacayo.)

SEGUNDO LACAYO:

Ya viene por el pasillo. Le hice una reverencia y no me contestó. Ya no mira a la gente. Las vamos a pagar todas juntas. ¡La que se va a armar! (Sale corriendo.)

ALCALDE: ¡Enrique! Haz como si no pasara nada. Pase lo que pase, eso nos salvará.

(Aparece el tercer lacayo, retrocediendo. Es el jefe de carceleros. Grita hacia el espacio vacío.)

TERCER LACAYO: Yo lo demostraré. Mi propia mujer lo puede confirmar. Soy inocente. Siempre censuré su comportamiento. Obedecía órdenes. Yo cogía su dinero porque tenía que vivir. (Desaparece.)

ALCALDE: ¡Te das cuenta!

ENRIQUE: ¡Como si no pasara nada! Por Dios, como si no pasara nada. (Entra Lanzarote.) ¡Viva Lanzarote!

(Con Lanzarote llegan los tejedores, el herrero, el sombrerero y el constructor de violines, que quedan en la puerta.)

ALCALDE: ¡Buenas tardes a todos! A ustedes sí que no les esperábamos. No obstante, bienvendios. Faltan cubiertos... pero eso no importa. Nosotros ya ve, aquí, casándonos. ¡Je, je, je! Es una cosa muy íntima, por así decir. Permítame que les presente a mis invitados. Pero ¿dónde se han metido? ¡Ah!, buscan algo debajo de la mesa. Este es mi hijo Enrique. Creo que ya se han visto antes. Tan joven y ya es alcalde. Ha ascendido después que yo..., después que nosotros..., en fin, después de que el Dragón muriera.

ENRIQUE: ¿Por qué calla?

ALCALDE: Es verdad. Diga algo. ¿Qué tal el viaje? ¿Qué se dice por ahí? Si quiere descansar, le acompañará un guardia.

LANZAROTE: Hola, Elsa.

ELSA: Lanzarote. (Va hacia él.) Tienes las manos calientes. Y te ha crecido un poco el pelo desde que no nos vemos. Toma vino. Pero no, no aceptes nada de ellos. Descansa y nos vamos. Papá, papá, ha venido. Igual que aquella tarde. Precisamente, cuando ya areíamos que no teníamos otra solución que morir en silencio. Lanzarote...

LANZAROTE: ¿Me quieres como antes?

ELSA: ¿Oyes, papá? Cuántas veces soñamos con que él entrara y preguntara: Elsa, ¿me quieres como antes? Y yo le respondiera: Sí, Lanzarote. Y que después yo le preguntara: ¿Dónde has estado tanto tiempo?

LANZAROTE: Lejos, muy lejos. En las Monta-Negras, cerca de la cabaña del leñador, hay una cueva enorme. Y, en ella, un libro: el libro de quejas, casi terminado. Nadie lo toca, pero cada

día se agrega una página a lo escrito. ¿Quién lo escribe? El mundo. Allí se registran todos los crímenes de los malvados, todas las desdichas de los que padecen sin culpa, todas las desgracias de los humildes.

(Enrique y el Alcalde van de puntillas hacia la puerta.)

- ELSA: ¿Leíste lo que allí decía de nosotros?
- LANZAROTE: Sí, Elsa (A los dos que intentan irse. Quietos, asesinos; ni un paso más.
- ALCALDE: ¿A qué viene esa aspereza?
- LANZAROTE: Ya no soy el del año pasado. Os di la libertad, pero ¿qué habéis hecho?
- ALCALDE: ¡Dios mío! Si los descontentos son mayoría, dimito y me voy.
- LANZAROTE: Usted no se va a ninguna parte.
- ENRIQUE: Muy bien dicho. No puede imaginarse cómo se comportaba en su ausencia. Puedo darte una lista completa de sus fechorías y desmanes.
- ALCALDE: ¿Fechorías yo? ¿Y tú, traïdor? ¿No te has hecho rico a cuenta de los impuestos?
- LANZAROTE: Silencio.
- ENRIQUE: Perdón; pero si estudiamos a fondo el asunto, yo no tengo ninguna culpa. Es lo que aprendí.
- LANZAROTE: ¿Por qué fuiste el alumno más aventajado, canalla?
- ENRIQUE: Papá, vámonos. Es un grosero.
- LANZAROTE: No te irás. Hace un mes que estoy aquí, Elsa.
- ELSA: Y no fuiste a verme.
- LANZAROTE: Sí. Fui a verte y te besé cuando dormías. Después me puse a recorrer la ciudad. Vi una vida terrible que me llenó de tristeza. ¡Eh, Miller! (El Ciudadano primero sale de debajo de la mesa.) Vi cómo llorabas de entusiasmo. Cómo gritabas: "Alabado seas, vencedor del Dragón!"
- CIUDADANO PRIMERO: Es cierto. Lloraba, señor Lanzarote, pero no fingía; me daba pena de mí mismo.
- LANZAROTE: Pero sabías que él no había matado al Dragón...
- CIUDADANO PRIMERO: Cuando estaba en casa lo sabía..., pero en el desfile...
- LANZAROTE: Jardinero. (El Jardinero sale de debajo de la mesa.) Tú enseñaste a la flor cabeza de perro a gritar: "¡Viva el Presidente!"
- JARDINERO: Sí, lo hice.

- LANZAROTE: ¿Y aprendió?
- JARDINERO: Pimero gritaba, y después me enseñaba la lengua. Quería conseguir dinero para nuevos experimentos..., pero...
- LANZAROTE: Carpintero... (El Ciudadano segundo sale de debajo de la mesa.) ¿El Alcalde metió s tu único hijo en la cárcel?
- CIUDADANO SEGUNDO: Sí, el chiquillo tose mucho, y el calabozo está húmedo.
- LANZAROTE: ¿Y, después de todo eso, le regalaste una pipa que dice: "Tuyo eternamente"?
- CIUDADANO SEGUNDO: ¿De qué otra manera podía ablandarle el corazón?
- LANZAROTE: No sé qué hacer con vosotros.
- ALCALDE: Mándelos al cuerno, señor Lanzarote. Este no es un trabajo para usted. Enrique y yo lo realizaremos a la perfección.. Ellos tienen la culpa de todo, y ese será el peor castigo para esta gentuza. Coja a Elsa de la mano, váyase lejos y déjenos vivir a nuestro aire. Será más humano y democrático.
- LANZAROTE: Imposible. Entrad, amigos.
- (Entran los tejedores, el herrero, el sombrerero y el constructor de instrumentos musicales.)
- LANZAROTE: Vosotros también me habéis decepcionado. Creí que sin mi ayuda podríais más que él. ¿Por qué permitisteis que os llevaran a la cárcel sin ofrecer resistencia? Tantos como sois.
- TEJEDORES: No nos dio tiempo a reaccionar, ni a organizarnos.
- LANZAROTE: Llevaos a estos dos hombres.
- TEJEDORES: (Cogiendo al Alcalde y a Enrique.) Vamos.
- HERRERO: He probado las rejas. Son fuertes como el diamante. Vamos.
- SOMBRERERO: Poneos estos gorros de bufón. Antes hacía unos gorros excelentes, pero en la cárcel me habéis endurecido. Vamos.
- CONSTRUCTOR DE INSTRUMENTOS MUSICALES: En mi celda construí un violín de pan con cuerdas de telaraña. Toca cosas tristes que casi son un lamento, pero la culpa es vuestra. Marchad al son de nuestra música, adonde no haya regreso.
- ENRIQUE: Esto es incorrecto; así no se hace.
- ALCALDE: Protesto. Es inhumano. Mi dignidad...
- TEJEDORES: Vamos.

(Suena una música triste, sencilla, apenas perceptible.
Se llevan a Enrique y al Alcalde.)

LANZAROTE: Ya no soy el de antes. ¿No lo ves?

ELSA: Sí, pero te quiero más todavía.

LANZAROTE: No podremos marcharnos...

ELSA: No importa. En casa también se está bien.

LANZAROTE: Nos espera una labor delicada. Más difícil que bordar. Hay que matar al dragón en cada uno de ellos.

NIÑO: ¿Eso duele?

LANZAROTE: Tú no sentirás dolor.

CIUDADANO PRIMERO: ¿Y nosotros?

LANZAROTE: Con vosotros queda mucho por hacer.

JARDINERO: Pero tenga paciencia, señor Lanzarote. Se lo suplico, tenga paciencia. Injerte, Haga hogueras: el calor ayuda a crecer. Arranque las malas hierbas con cuidado, para no dañar las buenas raíces. Pensándolo bien, quizás también los hombres, a su modo, requieran buenos cuidados.

AMIGA PRIMERA DE ELSA: Y que se celebre la boda.

AMIGA SEGUNDA DE ELSA: Las alegrías vuelven mejor a la gente.

LANZAROTE: Así es. Música. (Suena la música.) Elsa, dame la mano. A todos os quiero, amigos míos. Si no, jamás me hubiera esforzado por vosotros. Y, si os quiero, todo marchará de maravilla. Después de tantas angustias y padecimientos, todos seremos felices; muy felices, por fin

(TELON)

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS